



# OJEADA

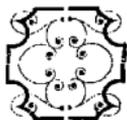
SOBRE LAS

## Repúblicas Sud-Americanas

POR

PEDRO MONCAYO

[De la "Revista del Pacífico"]



QUITO—ECUADOR

— 10122101 —

Imprenta Nacional

1908

930

M 737

A 246

## Capítulos del contenido de la obra.

---

INTRODUCCIÓN.

ARTICULO I. — Colombia de 1826 á 1830.

ART. II. — Venezuela.

ART. III. — Nueva Granada.

ART. IV. — Ecuador.

ART. V. — Perú.

ART. VI. — Bolivia.

CONCLUSIÓN.

---



## INTRODUCCION

---

Al constituirse las Repúblicas sudamericanas estaban en boga los principios proclamados por la Revolución francesa y practicados en gran parte por los Estados de la Unión norte-americana. El atractivo de esos principios, que elevan al hombre á su dignidad, infundiéndole una noble confianza en su propia naturaleza, despertó el celo y el amor de los nuevos Estados, y todos adoptaron unánimemente las bases que habían prevalecido *en la constitución de la República modelo*. Pocos fueron los hombres de aquellos tiempos que pensaron en las Repúblicas antiguas, cuyas instituciones eran inadaptables á poblaciones esparcidas y diseminadas en vastos territorios, y la mayor parte de ellas separadas por inmensos y solitarios desiertos. No había, pues, otro medio de hacer funcionar la sociedad que el principio de la representación nacional, este gran resorte de los pueblos modernos. Los americanos estaban dispuestos á confiar sus intereses á apoderados sagaces, probos é inteligentes, cuyos hábitos y tendencias políticas se ha-

llasen de acuerdo con las luces y progresos del siglo y las nuevas necesidades creadas por la independencia; pero de ningún modo á establecer *tutores supremos* que quisieran convertir en provecho suyo todas las conquistas obtenidas y ganadas por la comunidad. Los que, apartándose del camino trazado por la mayoría, intentaron erigirse en *monarcas* y restablecer *los poderes aristocráticos* del régimen colonial, pagaron sus extravíos con la proscripción ó la muerte. En efecto, era una blasfemia hablar de *monarquía* y de *senados vitalicios y hereditarios* á pueblos que acababan de conquistar su independencia y de proclamar los *derechos del hombre*, esta *segunda revelación* propagada y difundida por los mártires de 1789.

La primera época de la República, de 1810 á 1830, fue una época de desarrollo social y de progreso político. La encarnizada guerra de la independencia había dado cierta tensión á los espíritus y cierta energía á las inteligencias que se encaminaban irresistiblemente hacia el examen de las cuestiones políticas y de las ciencias sociales. No había aún llegado el tiempo de que los derechos conquistados y reivindicados por una larga y sangrienta lucha fuesen sacrificados á los intereses de unos pocos hombres, bastante osados para querer erigirse en *tutores* y *directores* de la sociedad. Pero desde 1826 el trabajo de los *usurpadores* empezó á hacerse sentir, y la sociedad se vió repentinamente minada y acometida por los mismos hombres á quienes había confiado la defensa de sus derechos. Esta traición cubierta con la máscara del bien público, este acto de inmoral-

dad y de felonía desquició el régimen que acababa de plantearse y sumió á los nuevos Estados en el abismo de la guerra civil y de la anarquía. Entonces apareció *el reinado de la dictadura*, no ya para combatir á los *españoles*, sino para comprimir la libertad y detener el vuelo de sus nobles y bellas inspiraciones.

Mucho sentiríamos vernos forzados á decir que esta primera época, comparada con las posteriores, fue una época de heroísmo y de desenvolvimiento moral y político, porque se crecía que osamos negar el principio de adelanto social, continuo y progresivo, que rige y eleva el destino de los pueblos, y poner en duda la civilización y la moralidad de la actual generación: nosotros tenemos fe en el progreso y en la marcha redentora de los Estados americanos; y por lo mismo debemos decir con toda franqueza, que en ese primer período de la República hubo más *fe*, más *sinceridad política*, más *abnegación*, y más *patriotismo*. Los pueblos lucharon con más ardor y energía en defensa de sus libertades y de sus derechos: muchos de ellos triunfaron *de sus tiranos* á fuerza de valor, constancia y sacrificios, y los que sucumbieron, *cayeron noblemente*, dejando á la posteridad ejemplos de virtud y de heroísmo.

Parece que los *tiranos* mismos han degenerado, desde que han desaparecido los gigantes de la independencia, los héroes de la epopeya militar de 1810 á 1826. No queda nada de ese inmenso prestigio ganado en cien combates consecutivos, de esa gloria inmortal, festejada y aplaudida por todos los pueblos, de esa espléndida fama que llenaba

con sus ecos todo el continente americano. Hemos pasado de los héroes de la tragedia á los histriones del melodrama y de la zarzuela: la sangre que corre á torrentes delante de nosotros no enaltece el corazón; lo deprime y lo degrada. Si no retrocedemos en la vía del estudio y de la ilustración, caemos visiblemente en una especie de escepticismo letal, de incredulidad y de abandono, que nos hace completamente indiferentes á la suerte de la patria.

A la desaparición de Bolívar, Colombia se dividió en tres Estados porque *los dictadores* que le sucedieron no podían sostener sobre sus hombros el gobierno de la Gran República. *Los herederos* del Libertador no tuvieron todos el mismo éxito, porque no todos gozaban del mismo prestigio, ni tenían los medios necesarios para establecer y consolidar su dominación. Unos cayeron para no volver á levantarse, como Montilla y Urdaneta en Nueva Granada; otros se afianzaron y se perpetuaron en el mando, como Páez en Venezuela, Flores en el Ecuador, aunque por diferentes caminos y con diferentes medios. Páez dejó constituirse libremente á Venezuela, y por espacio de quince años marchó esa República haciendo rápidos progresos, tanto morales como materiales. Flores comprimió el espíritu público de su patria adoptiva, la anegó en sangre, y quince años de guerra y exterminio fueron el fruto de una política bárbara, inquieta y turbulenta.

Pero decíamos que *los tiranos* degeneraban tanto como los pueblos y vamos á recorrer rápidamente la lista de los más notables. En Venezuela, á Páez y á Soubllette,

hombres de orden y de probidad, sucedieron los Monagás, los hombres de los degüellos y de los saqueos. En Nueva Granada, á Santander y Herrán, hombres liberales é ilustrados, intentaron sobreponerse los Melos y los Obandos, especie *de condottieri* que habían atravesado todas las escalas del crimen, desde el asesinato y la traición hasta la venta de su partido y la prostitución de su propia autoridad. En el Ecuador, á Flores, soldado pedante, erudito y amanerado, siguieron los Urbinas, los Robles y los Francos, cobardes é imbéciles usurpadores que han terminado su carrera pública con la degradación y envilecimiento de su patria. En el Perú, despojó Gamarra á Lamar, el virtuoso é íntegro magistrado. Gamarra, político astuto, intrigante y corrompido ha dejado su nombre á esa escuela de perfidia, engaño y prostitución que domina en ciertos círculos del Perú como en otros Estados de la América del Sur. A Gamarra, pervertido pero civilizado, el rudo y bárbaro Castilla, *el tragador de millones*, azote de su propia patria y de los pueblos vecinos. En Bolivia, á Santacruz, el hombre de la organización y de la economía, siguió Ballivián, el vengador de la patria, el defensor del honor y los fueros nacionales. A Ballivián, el duro y sanguinario Belzu, enemigo de la civilización europea, enemigo de los progresos sociales, enemigo del vapor, del ferrocarril y del telégrafo, el salvaje que se envanece de su ignorancia y de su barbarie.

Si pasamos de los hombres á las instituciones vemos desde 1830 hasta nuestros días, combatida la democracia y presentada por

sofistas ambiciosos al pueblo crédulo y sencillo, como el gérmen del mal y de todas las desgracias que sufre la América del Sur. Los vicios de ciertas clases que han concentrado y monopolizado en sus manos todos los poderes públicos, y cuya ambición y corrupción agitaría y perturbaría la sociedad, cualquiera que fuese la forma de gobierno establecido, se atribuyen á la debilidad de las instituciones y á un exceso de libertad, de que los pueblos sud-americanos no han disfrutado jamás. Regidos y dominados constantemente *por la dictadura*, no han respirado libremente sino en los momentos de una crisis pasajera para volver á caer bajo el yugo *de un nuevo impostor* y de un nuevo tirano. *Los gobiernos fuertes* llevan consigo la idea de opresión y de violencia, y basta decir que *la libertad y la justicia* no son compatibles *con la fuerza*, para saber que un Estado no puede ser completamente feliz ni ilustrado, y alcanzar todos los beneficios de la civilización *bajo gobiernos egoístas, suspicaces y perseguidores*.

Casi todas las constituciones *liberales* desaparecieron del suelo sud-americano de 1826 á 1834, período funesto de ruda labor y de duros y penosos sufrimientos. *El militarismo* se adueñó de los negocios públicos y los convirtió en patrimonio suyo, pisando y rompiendo las instituciones y las leyes que tendían á ligar el poder supremo y á contenerlo dentro de los límites de su propia naturaleza y de las necesidades del bien procomunal. La de Cúcuta desapareció bajo la radiante espada de Bolívar, y con ella se rasgó el lazo de unión que ataba á los pueblos

colombianos. Las constituciones del Perú de 1828 á 1834, *liberales* en todo el sentido de la palabra, cayeron y desaparecieron bajo la espada turbulenta y sanguinaria de Salaberri. La Constitución de Bolivia se convirtió en *dictadura perpetua* de Santacruz hasta el día en que la ambición y la conquista destruyeron el débil trono del *protectorado*. ¿Qué juzgar, qué decir de Méjico y Centro América, de las provincias unidas del río de la Plata, del Uruguay y del Paraguay! ¿Cómo descubrir, en la época á que nos referimos, los principios salvadores de esos pueblos en ese lago de sangre formado y alimentado por la zaña y ferocidad de los partidos? Nosotros vemos la destrucción y la muerte en todas partes: *la libertad, el orden, la justicia y la moral*, en ninguna.

Así, en medio de la confusión y del desorden suscitado por los hombres de espada, ayudados y sostenidos por la aristocracia clerical y *banquera, el Dictador* se ha convertido siempre en *tirano* de la sociedad y de su propio partido. *La República* se ha desvanecido como por encanto: *las libertades, los derechos, las garantías sociales* han desaparecido: *el poder todo* se ha reasumido en las manos de un solo hombre. Se ha combatido y disuelto *las Asambleas parlamentarias* como focos de sedición; y donde las han dejado subsistir ha sido únicamente para legitimar la usurpación y servir de instrumento al déspota que las empleaba. Se ha perseguido *la imprenta* como un tizón de discordia, *la libertad* como el huracán de la anarquía, y *el derecho* como un gérmen de rebelión y de guerra civil. Un solo hombre lo

ha *sabido todo*, lo ha *hecho todo* y lo ha *podido todo*. Si la nación ha prosperado, han sido Flores, Gamarra, Rosas y Santa-Cruz quienes la han hecho surgir y avanzar en el camino del bien. Se han atribuido ellos solos todos los adelantos que resultan del curso natural y espontáneo del tiempo, y de la influencia continua é incesante de la civilización; y el mal y los abusos los han imputado, con insolente descaro, á los pueblos que han sido manejados y tratados como rebaños de ovejas.

*Los dictadores* han recogido en provecho suyo todos los abusos inherentes al sistema colonial, todos los desórdenes engendrados por el fanatismo y todas las preocupaciones arraigadas en el espíritu del pueblo crédulo y sencillo. En lugar de combatir y extirpar los errores populares por medio de la enseñanza y de la discusión, se ha dicho que el pueblo está *demasiado viejo* para ilustrarlo y *demasiado joven* para conducirlo por el camino *de la luz y de la verdad*: y como único medio seguro y eficaz se ha empleado la fuerza y la violencia que amortiguan el sentimiento y la inteligencia del hombre. Así *los tiranos* se han mantenido en el potro de la dictadura, empleando alternativamente *el degüello y los suplicios, el engaño y la impostura, la mentira, la traición y la corrupción sistemada*. Y cuando han caído, arrastrados por el peso de sus crímenes, han visto levantarse detrás de ellos, y sobre sus huellas, como una sombra fatídica, á los verdugos que habían vegetado al rededor del patíbulo y á los sicarios viles y degradados que habían asistido al banquete de la tiranía. Los pue-

bllos no han ganado nunca con esos cambios de escena. La traición ha sucedido siempre á la traición, la tiranía á la tiranía, heredando unos de otros todos los usurpadores el mismo sistema y los mismos vicios.

Creemos que el origen de tantos males viene naturalmente de la falta de buena fe ó de confianza de nuestros primeros legisladores, que al adoptar la república no la adoptaron con todas sus consecuencias, y que los males se perpetúan por la misma causa. No podía existir la república conservando en su seno los poderes que la combaten y tienden á destruirla; los poderes hostiles al principio de igualdad y libertad, los poderes enemigos de la economía pública, esos poderes que representan la fuerza y el privilegio, y que viven en toda sociedad á costa del pueblo y contra el pueblo. Era preciso suprimir todas las categorías que contrarían el poder supremo ó que se ligan á él para establecer un régimen duro, tiránico y opresor. Era preciso abolir el ejército, instrumento indispensable de todo trastorno; atacar los fueros y privilegios absurdos, creaciones de la vanidad y del orgullo. Era preciso que al lado de *la libertad política* se proclamase *la libertad de conciencia* que constituye el ser, la esencia de todas las libertades. En una palabra, era preciso tomar de *la República modelo* todo lo que ha contribuído al aumento de su población, de su prosperidad y de su engrandecimiento. Pero remolcadas las nuevas naciones por intereses opuestos y principios contradictorios, unos liberales y progresistas, otros coercitivos y reaccionarios, aclamando de un lado la República y

de otro conservando los hábitos, las preocupaciones y los abusos del sistema colonial; natural era ver surgir la anarquía y saltar de su seno un poder turbulento y sanguinario como el genio del mal y de la destrucción.

Demostrado en este rápido bosquejo lo que han sido las repúblicas Sud-americanas en su origen, vamos á ver lo que son en la actualidad; en este momento de luchas, en que el *militarismo* hace sus últimos esfuerzos para conservar un campo que ha explotado cruelmente por espacio de treinta años (1). Los pueblos deben unirse y ligarse entre sí para combatir al enemigo común; porque la división los ha perdido y sacrificado. *El militarismo* es una logia armada que marcha de frente á la consecución de su objeto, es el representante genuino del sistema colonial, es el heredero del despotismo y de la inquisición, el continuador *del tormento, de los suplicios y de todas las iniquidades* denunciadas y combatidas en 1810. Contra él la guerra, porque él la hace *al pueblo, á la libertad, á la civilización y á la justicia*. Tendamos la vista sobre la antigua Colombia, el Perú y la República Boliviana, y veremos que donde manda una espada *hay opresión y tiranía*, donde la espada no gobierna, hay rebelión, anarquía, guerra civil, creada y promovida por la ambición militar. Los hechos probarán esta verdad en el cuadro siguiente de algunas Repúblicas Sud-americanas.

(1) Téngase presente que esta obra fue escrita en el año 1860, razón por la cual el escritor computa en treinta los años de opresión militar para nuestra patria.

## ARTICULO I

# Colombia de 1826 á 1830

Constitución de Cúcuta. — Movimiento político. — Triunfo de la democracia. — Caída y muerte del Libertador Simón Bolívar.

Cuando se constituyó Colombia, apenas se hacía sentir la lucha de los dos elementos que están en continua agitación: *el democrático y el aristocrático*. Todos los espíritus, preocupados con los cuidados de la guerra y deseosos de terminarla en honra y gloria de la América, no daban tanta importancia á esas funestas divisiones que debían empañar más tarde el esplendor y la fama de sus glorias militares. En Angostura y en Cúcuta habían triunfado completamente los principios democráticos *sin violencia, sin oposición, sin lucha*. El Libertador había respetado las vivas aspiraciones de sus compatriotas y prestado su sanción á la Constitución liberal de 1821. Su educación clásica, sus estudios históricos, sus viajes, la revolución imperial de Francia, que había presenciado en los primeros años de su juventud, los nombres de César y de Napoleón que habían despertado tantas veces su entusiasmo é inflamado su corazón noble y generoso, le inclinaban fuertemente hacia la república aristocrática, que se había levantado con Rómulo en el Capitolio y perecido bajo César en los

campos de Farsalia. Bolívar, César el mismo, se creía bastante fuerte y bastante poderoso para sostener en sus manos el cetro del nuevo mundo. Pero el nombre de Washington, elevado por el consentimiento unánime de sus contemporáneos á una altura á que no habían llegado los mismos antiguos, aterraba su conciencia todavía tímida ante el crimen de la usurpación y de la violación de los derechos sociales. Bolívar juró la Constitución y ese juramento simbolizó en su persona la independencia y la gloria de Colombia. Bolívar y Colombia, he ahí dos entidades que parecieron y desaparecieron á un mismo tiempo: brillaron y se eclipsaron en un mismo día. Como si Colombia no pudiese existir sin el brazo omnipotente que la sostenía, como si Bolívar no pudiese sobrevivir á la desmembración y destrucción de la Gran República. Colombia nació en los brazos de su héroe victorioso en los campos de Boyacá; se glorificó con él en Carabobo, Pichincha y Ayacucho, y espiró con él en los desiertos solitarios de Santa Marta.

No nos proponemos explicar las causas de los grandes desastres que ocurrieron de 1826 á 1830, porque eso corresponde al grave y concienzudo examen de la historia. Si Bolívar perdió su prestigio popular por haber roto con su espada el código de igualdad y libertad sancionado y jurado en Cúcuta; si cayó por haber sostenido y hasta cierto punto estimulado la ambición y el orgullo de sus tenientes; si provocó, él primero, la guerra del privilegio y de las inmunidades contra la santidad de las leyes y de la justicia; si entrevió y codició el esplendor de una corona sobre las ruinas de la República; si olvidó al fin de sus días el ejemplo de Washington, tan presente á su memoria en los primeros años de la independencia; si vencido en una lucha, en que había sacrificado honra y gloria, murió acosado de dolor y de remordimiento, son cuestiones que más tarde resolverá el juicio imparcial de la posteridad. Contentémonos, por ahora, con referir los hechos más memorables de este hermoso período de la historia colombiana y exponer senci-

llamente el espectáculo de esa guerra fratricida, en que el principio democrático obtuvo toda la victoria contra los embates y violencias del despotismo.

La Constitución de Cúcuta había asegurado á todos los colombianos el libre ejercicio de sus derechos sociales. No estaba sancionada la libertad de conciencia, pero la Constitución guardaba un silencio respetuoso sobre materia tan importante. El Estado, como sér moral, no tiene religión; como sér político, no puede dominar sobre las conciencias ni traspasar los límites del fuero externo; el interno, libre é independiente, es individual y por consiguiente irresponsable. La libertad del pensamiento no era absoluta, pero estaba organizada de tal modo, que la prensa llenaba casi siempre los objetos de su interesante misión. La tribuna, tímida, inexperta se extraviaba de continuo en los campos estériles de la metafísica, sin dejar por eso de mostrarse grande y apasionada en la defensa de los derechos del ciudadano. y de los intereses de la sociedad. La esclavitud estaba abolida, los títulos y mayorazgos suprimidos, y la libertad electoral garantida por el sufragio universal y directo. Dos veces la urna cívica había recogido los nombres de Bolívar y Santander para la primera y segunda magistratura de la República: Bolívar que simbolizaba la *unidad*, como el genio de la guerra y de la victoria; Santander que representaba la *administración*, como la capacidad práctica y ejercitada en el manejo de los negocios.

Colombia marchaba atrevidamente por el sendero de la reforma y de las mejoras sociales, llamando la atención de la Europa y conciliándose la estimación de todos los amigos de la libertad y del progreso. Era un pueblo activo, enérgico, laborioso, lleno de fuerza, de vigor y de entusiasmo; dominado por el amor de la libertad, de la ilustración y de la gloria, se creía grande, y lo era en efecto; porque había conquistado su independencia y afianzado con sus victorias la independencia de los demás pueblos. Después de quince años de reñidos y sangrientos combates, su ánimo inquieto no podía

acostumbrarse á las dulzuras de la paz, y buscaba impaciente qué empleo dar á esa exhuberancia de vida y fortaleza que había adquirido en la guerra de la independencia. Amaba apasionadamente la Constitución, pero veía en ella algo de incompleto, de innoble, de vicioso que deseaba corregir y reparar. En el seno de la democracia existían todavía fueros y privilegios que destruían virtualmente el dogma sagrado de la igualdad: ¿por qué semejante inconsecuencia después de haber proclamado y reconocido este principio primordial de la república? La paz entregaba los espíritus al estudio y examen de los elementos de la ciencia social. La prensa combatía todo lo que no estaba de acuerdo con la existencia de la verdadera democracia; y pedía animosamente la reforma del ejército, la extinción de los fueros y privilegios, la supresión de las facultades extraordinarias, terrible azote que amenazaba todas las cabezas y disipaba el amor y la confianza de los pueblos. *La Bandera Tricolor* preguntaba en su estilo enérgico y demagógico: ¿se ha conseguido el grandioso objeto de la revolución? ¿Los enemigos de las instituciones democráticas han desaparecido completamente en los campos de batalla que ilustraron las armas colombianas? ¿No quieren los *vencedores* guardar para sí el poder y los fueros que arrebataron de las manos de los *vencidos*? ¿No intentan formar una casta superior y privilegiada? ¿A quién pertenecerá el poder público, al pueblo ó al ejército, á la ley escrita ó á la fuerza armada? Tales eran las graves y delicadas cuestiones que preocupaban á los colombianos en 1826.

Así Colombia en medio de sus triunfos y acabando apenas de recoger los laureles segados en los campos de Junín y de Ayacucho, vivía inquieta y sobrecogida con la perspectiva de un porvenir sombrío y amenazante. Los que en el tumulto de los combates habían vivido en completa independencia de la ley y de las instituciones; los que se habían elevado al pináculo del poder y de la gloria, como otros tantos héroes y *semidioses*; los que habían pisoteado audazmente los blasones y escudos

españoles, como insultantes á la libertad y á la dignidad del hombre; los que habían vencido, en fin, en nombre del pueblo, aspiraban á la dominación general y desdeñaban ese mismo pueblo que los había elevado y engrandecido. ¿Vendrán á combatir por su propia impunidad y supremacía personal? ¿Llegarán á derramar sangre hermana por afianzar su poder y sus fueros individuales? Sí; la sangre correrá porque es necesario luchar todavía por la libertad y la independencia; la tierra no está aún purificada; la ambición y las preocupaciones renacen por todas partes y promueven el desorden y la anarquía, que producirán al fin el aniquilamiento y la muerte de Colombia.

Un día el Coronel Infante es arrastrado ante los tribunales de justicia y su cabeza cae bajo la espada inexorable de la ley. El ruido de esta ejecución resonó hasta las últimas extremidades de la República y fue la señal precursora de la guerra civil. El General Páez, citado á juicio por abusos de autoridad, levantó el estandarte de la rebelión y se negó á dar cuenta de su conducta. Los dos campos se establecieron desde entonces: en el uno figuraban todos los ambiciosos privilegiados, que habían ejercido y querían seguir ejerciendo las facultades extraordinarias: en el otro los partidarios de la Constitución y de la ley, los defensores de la libertad y de la igualdad; en una palabra, los hombres consecuentes que habían derrocado el cetro español para abolir todo pretexto de supremacía, de arbitrariedad y de injusticia. El Libertador se puso á la cabeza del primer bando, el General Santander á la cabeza del segundo, y la lucha comenzó con todos los furors, los escándalos y crímenes que mancharon las brillantes páginas de la historia colombiana. La Gran República se inmoló al triunfo de la democracia: el General Santander sufrió por ella todas las amarguras de la persecución y del destierro, y el Libertador se apagó dejando una fama incierta, dudosa, cuestionable, por no decir marchita, oscurecida.

¿Qué iba á ser de Colombia en tan críticos

momentos? Iba á ser la presa de todas las pasiones políticas y de todas las iniquidades que han producido siempre el despotismo, la anarquía y la guerra civil; pero debía también ilustrarse con grandes y nobles sacrificios, el desprendimiento, la abnegación y el martirio que honran y glorifican todos los principios. Una juventud ardiente y apasionada, loca de entusiasmo por las doctrinas, en cuyo nombre se había hecho la revolución de 1810, debía volar á los campos de batalla en defensa de su libertad y de sus derechos, como sus padres habían volado á sacrificarse en las aras de la independencia americana. La libertad debía tener sus mártires como la independencia había tenido sus héroes. Restrepo, fusilado y asesinado en nombre de la dictadura *militar*, debía morir con tanto valor y heroísmo como la Pola fusilada y asesinada en nombre de la dictadura *regia*. Las causas y los principios eran los mismos. La lucha de la independencia fue una lucha de redención, una lucha de esperanza. El americano quería tener patria, nombre, libertad; quería pertenecerse á sí mismo, abrirse un camino en la vida de las naciones y conquistar dignamente el puesto que la naturaleza y el derecho le habían designado. El colombiano adoraba la república porque la república es el régimen de la ley y de la justicia sin la opresión ni la degradación del individuo, porque es el régimen de la igualdad sin fueros ni excepciones de ninguna especie, porque, en fin, es la ley de Dios y de la naturaleza que ha creado al hombre igual al hombre, y la república sólo alza, eleva y levanta la frente del hombre á la altura de sus semejantes. Así, en 1810 y en 1826, las mismas causas y los mismos principios dividieron y armaron los brazos de los colombianos. Arriba los *godos* afiliados al lado de Bolívar, arriba los *independientes* colocados al lado de Santander. En vano se intenta disfrazar el móvil de las pasiones humanas cambiándoles de nombre y vestidura; el tiempo clasifica todas las cosas y las coloca en el lugar que les corresponde. Los *godos* podrán llamarse conservadores ó aristócratas,

pero serán siempre *godos*: los *independientes* podrán apellidarse liberales, republicanos, demócratas, rojos, pero serán siempre los defensores de la libertad y de las instituciones. El pueblo reconocerá los viejos partidos y sus malas y buenas tendencias al través de sus nuevas denominaciones y de sus nuevos emblemas.

Ya la institución de Cúcuta ha caído, ya ha cesado el régimen de la ley y de la justicia, ya han desaparecido á son de trompeta todos los derechos y garantías sociales. Una sola voluntad, un solo poder domina sobre el suelo colombiano. Los escuadrones y los batallones recorren y atraviesan la República proclamando y estableciendo la dictadura. La prensa calla, la tribuna desaparece, el sufragio popular queda abolido, y Colombia se convierte en un vasto sepulcro donde no se oye más que el ruido aterrador de las bayonetas. La instrucción pública se restringe, la enseñanza se encadena. Benthán y Constant son desterrados de las escuelas como Voltaire y Rousseau fueron proscritos de la República. Los municipios se degradan y se convierten en ecos serviles de bastardas ambiciones; la mayor parte de ellos usurpa la voz del pueblo y pide en su nombre lo que más detesta el pueblo: *un gobierno vitalicio, fuerte, omnipotente, radicado en la persona del Libertador*. Y como si las actas municipales no bastaran para violentar la opinión pública, ni las bayonetas fueran suficientes para doblegar su indómita voluntad, se prostituye el nombre sagrado de la religión de Cristo haciéndola intervenir en las intrigas mundanas. Las mismas actas que proclaman y consagran el despotismo del Libertador, constituyen y proclaman la religión católica como la religión dominante del Estado. Y no se impone semejante servidumbre á la conciencia individual del hombre por amor á la religión y á la conservación del orden público, sino por engañar al pueblo y afianzar el poder del menor número y la usurpación de los privilegios é inmunidades contra los intereses de la mayoría y la autoridad de la ley y de las instituciones. Así todo el edificio

levantado en Cúcuta desaparece: el árbol de la libertad regado y fecundado por la sangre de los mártires de la independencia se marchita y cae bajo el aliento fatídico de la dictadura militar.

Sí; el Libertador se proclama Dictador: ¿contra quién? ¿Dónde están los enemigos, dónde los invasores? En los cuarteles? pero los cuarteles son sus amigos, son su apoyo. En los comicios? pero los comicios le han honrado con sus sufragios y lo han elevado al rango supremo de Presidente de la República. Volvemos á preguntar: ¿dónde están los enemigos? En las instituciones, en la ley, en los principios que dieron vida á Colombia y muerte al régimen español; en esos principios que abrieron camino á nuestras victorias, elevaron nuestro nombre y nos dieron patria y existencia; en las ideas que despertaron á la América y la sacaron de su fatal letargo de tres siglos: en las esperanzas concebidas y burladas; en el amor de la libertad y del progreso; en la ilustración que comenzaba y que debía conducir á los pueblos á sus más altos destinos. ¿Dónde? En la prensa, en la tribuna, en el sufragio popular, en el ejercicio, en fin, de los derechos sociales. Contra tales enemigos se asume la plenitud del poder, se levantan y organizan grandes ejércitos, y se declaran en estado de sitio todos los departamentos de la República.

Mas, ¿qué hará Bolívar para sostener su autoridad, legalizarla y darle una sanción pública? El poder de las actas municipales es efímero, transitorio; el poder de las bayonetas es odioso y detestado; el poder del pueblo es omnipotente, pero el pueblo no quiere la *dictadura*. No hay más que un medio para salir del conflicto. — La reunión de una Convención Nacional; pero este medio es peligroso, y Bolívar no echará mano de él sino á desesperación de causa, y tomando todas las precauciones que suelen tomar en casos semejantes los poderes fuertes y suspicaces. Todos los departamentos yacen bajo la presión de las facultades extraordinarias; el régimen colonial recupera toda su fuerza; el poder civil y militar se reúne en una sola

mano; los consejos de guerra se establecen en toda la República; la proscripción, el destierro y la muerte amenazan á todos los hombres de corazón y de conciencia independiente; las urnas electorales se ven rodeadas de gendarmes; y los electores, forzados, como los *conscritos*, á sufragar á presencia de sus verdugos. Y con todo ¡oh poder de la opinión pública! el partido liberal mandará á la Convención de Ocaña los representantes más valerosos y esclarecidos del nombre colombiano.

La Convención será rodeada de bayonetas, amenazada por protestas militares que irán de todos los departamentos. Bolívar se acercará, como una sombra aterradora, creyendo imponerla con su nombre y abrumarla con su poder. Pero en vano: la ilustre mayoría, firme y decidida, resuelta á inmolarse en las aras de la patria, se prepara á sacudir el yugo del opresor juzgándolo y condenándolo en nombre del pueblo. El conflicto es tremendo, la crisis espantosa, ¿qué hacer para conjurarla? Seducir, corromper una parte de la representación nacional, introducir la división y la discordia, aniquilarla por la desertión y por la apostasia, vencer, en una palabra, la mayoría por la minoría abyecta, venal y corrompida. La Convención de Ocaña apareció y desapareció como un meteoro, dejando abierto el camino de las desertiones á los partidos que no pueden vencer por el número, la inteligencia y el derecho (1).

Bolívar se hizo proclamar nuevamente Dictador. Las actas municipales y los cuerpos del ejército le confirieron nuevos poderes; y la persecución y la tiranía volvieron á organizarse con una fuerza y un carácter que no habían tenido en los primeros momentos: los calabozos se abren, los presidios se llenan de víctimas, y el espectáculo sangriento del patíbulo sobrecoje de espanto á todos los pueblos. Colombia conoció entonces que

---

(1) La Convención se disolvió por la desertión de los treinta y cinco diputados á quienes se dió el nombre de *Perosas*. La mayoría no pudo continuar sus trabajos por falta de número.

tenía que haberlas con un tirano dispuesto á sacrificarlo todo á su desmesurada ambición. Las almas ardientes se exasperan y juran venganza; la agitación y el furor llegan á su colmo; los clubs se organizan, las conspiraciones se arman. Unos predicán la doctrina del suicidio como el único recurso contra las calamidades públicas; otros, más valientes y animosos, presentan el tiranicidio como un principio legítimo. *El Catón de Utica*, monólogo de Vargas Tejada, glorifica la muerte voluntaria como el supremo amor de la libertad y de la patria. El poeta parecía presentir su triste destino. En medio del delirio causado por la desesperación, los espíritus exaltados comienzan á entrever la imagen del puñal y á murmurar sordamente el nombre de Judit, Débora y Bruto. La Biblia había deificado en cierto modo á la bella y seductora asesina de Holofernes: la antigüedad había consagrado una especie de apoteosis á la abnegación, á la virtud, al patriotismo de Bruto. El pasquín romano alentaba diariamente el valor del hijo de César. *Tu ducermes, Bruto, y la patria gime en servidumbre*. El pasquín hacía los mismos oficios en la capital de Colombia. La juventud se embriagaba con los recuerdos históricos. Tito Livio traía á su memoria el valor y el patriotismo del primer Bruto. Plutarco había ceñido de una corona inmortal el nombre de los Gracos. Salustio, Cicerón, César mismo había fulminado los rayos de su elocuencia contra la tiranía. *Dulce y glorioso es morir por la patria*, decía el Orador Romano (1). ¿Quién no admira en Camma el dolor sublime de la patria esclavizada? ¿Quién no lee sobre la sien pura y virginal de Carlota Corday la noble indignación de la virtud y del patriotismo? Así Colombia presentaba en esos momentos la imagen de un pueblo exaltado é inflamado por el amor de la patria. Se hubiera dicho que un soplo de la Francia de 89 había recorrido el suelo Colombiano y derramado en su seno

(1) Se hacían alusiones á varias épocas de la historia en impresos que circulaban clandestinamente en la Capital y en algunos departamentos.

el gérmen de la libertad y de la igualdad. Pero la pasión no se detiene jamás en los límites debidos y marcha audazmente por el triste sendero que le abre el destino. ¿A dónde se precipita esa juventud ciega y temeraria? hasta la muerte, hasta el parricidio. Bolívar, el padre de la patria, está juzgado y condenado. Cada miembro del club cree tener la misión de libertar á Colombia y de vengar, como Bruto, las deplorables iniquidades de que ha sido víctima. Así apareció la horrible y funesta noche que debfa cubrir de luto y espanto á la América del Sur: el 25 de Setiembre de 1828 los conspiradores se encaminan á palacio en busca del *Tirano* y el *Tirano* se salva cubierto por el manto de la Samaritana.

Bolívar comprende entonces su misterioso destino y la proximidad de su caída: ya no es el Bolívar, ídolo del pueblo, á cuya voz poderosa se levantaban legiones de hombres armados y corrían presurosos en pos de la muerte y de la gloria. Adiós prestigio, adiós genio, adiós secreto don de gobernar á los pueblos: su cabeza se extravía en medio de la tempestad, su corazón grande y valeroso decae y deslallece. Quisiera arrojar de susienes la diadema que ha usurpado: quisiera devolver á la patria sus dogmas sagrados y favoritos por recobrar el amor y confianza de Colombia. Dichosos los días de la independencia, en que los peligros y los sacrificios habían elevado su fama pura é inmarcesible al nivel de Washington. Tanta gloria, tanta grandeza habían desaparecido con el humo de las batallas. Bolívar no es ya bastante fuerte para detenerse en el camino de la tiranía. Sus tenientes le empujan y le arrastran á pesar de él. Los pretorianos se han apoderado ya de la urna electoral; ordenan y deciden arbitrariamente de los destinos del pueblo. Así Bolívar sobrecogido, espantado, no sabe qué alimento dar á su espíritu cansado é indeciso. La plenitud del poder que ejerce no satisface ya su corazón desgarrado por los pesares. La guerra civil lo desespera: sus amigos, sus conmlitones levantan lanzas contra él,

y parecen sentidos y bañados en las lágrimas del pueblo. Padilla sube al patíbulo, la frente erguida y orgullosa, con que en otro tiempo había asaltado y combatido la escuadra española; Córdova, el ínclito Córdova, muere asesinado en medio del combate; y Santander lleva al destierro un nombre eminente y los aplausos de sus compatriotas. Si al menos Bolívar pudiera encontrar enemigos extranjeros y consolarse con nuevas victorias; pero la suerte infausta le niega aún esta última esperanza. Mientras que el ejército del Perú holla con planta osada el territorio de Colombia, el traidor Obando lo detiene al pie del Juanambú, y Sucre victorioso recoge solo los laureles de Tarqui. El Dios de la justicia premia las virtudes del héroe sin mancha.

La paz nacional se restablece bajo los auspicios del Libertador. La guerra extranjera está concluída, las facciones internas domadas, los caudillos dispersos ó inmolados. ¿Qué hará entonces para seguir ejerciendo el poder dictatorial? Tentará de nuevo la excelsa prueba de las Asambleas? Buscará segunda vez el voto severo de la representación nacional? El sabe que todo poder, por arbitrario que sea, tiene que apelar á esta fuente primitiva, sin la cual nada hay lícito ni legítimo en la vida de los pueblos. Se violentará el voto de los ciudadanos, se repetirán las escenas escandalosas del año 28, pero el resultado será siempre funesto y contrario á las miras del Usurpador. El Congreso *admirable* se reunirá en Bogotá, dará una Constitución liberal, y elegirá un magistrado tan liberal como la Constitución; pero este será el último esfuerzo de Colombia, su última gloria. Allí terminarán su nombre y su grandeza, sus combates y sus victorias, su marcha y sus progresos.

La *democracia* había triunfado de la espada de Bolívar para morir ahogada en los brazos de sus pérfidos tenientes. El Héroe abandona la capital y se refugia en las playas de Santa Marta; y allí, en medio de una lenta y dolorosa agonía, oye el ruido pavoroso de la guerra civil. En vano ruega y clama en nombre de Colombia: Colombia ya no

existe: ese gran nombre se apaga y oscurece como el genio que la había creado. Páez levanta su trono en Venezuela, y el triste y desheredado Ecuador se convierte en patrimonio del General Flores. Sólo Sucre, el inmortal Sucre, el héroe por excelencia, ese tipo de moderación, de virtud y de patriotismo, viene á morir injustamente en la sombría y tenebrosa caberna de Berruecos, y Berruecos no es la última palabra todavía; el sepulcro de la gloria y del nombre colombiano está en Santa Marta. Bolívar, al ruido de tanto crimen y de tanto escándalo, quiere abandonar el suelo de la patria. ¿Pero á dónde irá que no lleve el sentimiento de sus desgracias y la vergüenza de sus pasados errores? Ya no es el símbolo de Colombia, la imagen augusta de la independencia, el Washington de la América del Sur. César desprestigiado y vencido quisiera huir de la vista de los hombres, huir de sí mismo. ¿A dónde irá? A la tumba; descanso eterno de una vida agitada y tempestuosa, grande por sus virtudes, grande por sus sacrificios, grande aún por sus faltas y sus sufrimientos. He ahí la última palabra: Bolívar y Colombia desaparecen. Una misma capa de tierra cubre los restos del guerrero victorioso y de su hija predilecta. La posteridad olvidará los errores del grande hombre y le levantará estatuas; pero Colombia no volverá á ser sino cuando la patria de Bolívar y de Sucre esté purificada y libre de toda servidumbre, porque Colombia es la democracia, y ésta no tiene fe en los hombres de espada, que tantos males han hecho á la América del Sur.

: Así terminó la epopeya de Colombia, bella y sublime como un canto de la Iliada. Victorias asombrosas; sacudimientos extraordinarios; transformaciones súbitas y maravillosas; el paso de la esclavitud á la libertad, este supremo bien de la especie humana; lucha inmensa entre el poder y la idea, entre el hombre y el principio; grandes virtudes al lado de grandes miserias; la sublimidad del genio y el polvo del egoísmo; la gloria y la postración; la virilidad y la fuerza de un pueblo

nuevo y la decrepitud y los vicios de un pueblo viejo; de una parte el valor y el heroísmo, de otra la adulación y la cobardía; lo que eleva y lo que degrada; el martirio, la expiación y el cataclismo. ¡Adiós Colombia! tus hijos no te olvidarán jamás.

---

## ARTICULO II

# Venezuela

---

Anarquía militar. — El General Páez. — Su sucesor agoviado por la fuerza militar. — El poder alternativo entre Páez y Soublette. — La dinastía sangrienta de los Monagas. — Crisis. — Caída de la dinastía: continuación del militarismo.

Durante la administración del General Páez esta República gozó de paz y de bastante crédito en el extranjero. La Constitución bien liberal en el fondo, tendía á descentralizar poco á poco la administración de los negocios públicos, dejando á los poderes locales la independencia necesaria para la expedición de los intereses que le son propios. Con inteligencia, economía y probidad, pudo el Gobierno organizar y aumentar las rentas públicas, desarrollar el comercio y la agricultura, y dar un vuelo rápido á la riqueza nacional. El poder constitucional bastó para gobernar y dirigir el Estado por el sendero del orden y de la legalidad, sin ruido, sin estrépito y sin ninguno de esos abusos que han sido tan frecuentes en el resto de la América. El Gobierno triunfó fácilmente de las revueltas militares, aunque es triste decirlo, á costa de la libertad eleccionaria. El señor Vargas, sucesor legal del General Páez, renunció la presidencia de la República para aquietar la sediciosa y turbulenta solda-

desca, que veía con enojo *un hombre civil*, encargado del poder ejecutivo. Desde entonces quedó establecido, si no sancionado *el abuso* de que para ser Presidente de la República se necesitaba haber aprendido el arte de gobernar á los pueblos en el oscuro y despótico recinto de los cuarteles. El General Páez y el General Soublette turnaron en el gobierno de la República durante quince años, inclinándose siempre al partido conservador, oligarca, pero sin separarse del sendero constitucional, y esto honra eminentemente la rectitud y probidad política de esos magistrados. A Páez y Soublette sucedieron los Monagas, que salieron como sus antecesores del seno de la oligarquía, y con ellos comenzó el régimen sanguinario del sable y de los asesinatos. En 1847 el Congreso fue asaltado y acuchillado por los esbirros del despotismo que, teñidos en sangre, continuaron con su obra inicua de destrucción y aniquilamiento. La América toda se indignó contra semejantes escándalos, y Venezuela, á pesar de su energía y de sus recuerdos históricos, no pudo por lo pronto sacudir el yugo de sus opresores. El asesinato concluyó su período constitucional y desendió de la silla dejando el poder público, como herencia de familia, bajo la tutela de uno de sus hermanos. El imbécil José Gregorio no fue más que un ciego instrumento de la política establecida por su antecesor: la historia *de la dinastía* es una triste historia, manchada con sangre y con todo género de crímenes y de escándalos. Se erigió *el peculado* en sistema y se improvisaron inmensas fortunas á costa del tesoro público. El destierro, la proscripción, el patíbulo se emplearon constantemente como medios lícitos de gobierno, y se redujo la patria de Bolívar y de Sucre á tal estado de humillación y abatimiento, que hizo dudar, por algún tiempo, del valor y del patriotismo de los ínclitos hijos de los llanos, tan famosos en la guerra de la independencia.

*La dinastía*, para asegurar su dominación, intentó reformar la Constitución, centralizando la acción administrativa y prolongando el período.

presidencial. Este paso osado é impolítico acabó de abrir la tumba en que debía sepultarse para siempre el odioso nombre de los Monagas. Una revolución popular, espontánea, común y general, derrocó en un solo día el ominoso poder que había empapado en sangre el heroico suelo de la patria. Todos los pueblos se levantaron en masa y llamaron á juicio á sus opresores: *liberales* y *conservadores* unieron sus esfuerzos con tan santo fin: el ejército simpatizó con el pueblo y contribuyó voluntariamente á la redención de la República. *La imprenta* recobró su libertad y su energía, y difundió, con sus numerosos ecos, el triunfo de la causa nacional. ¡Pero quién lo creyera! Fresca aún la memoria de los hechos, palpitante todavía el ejemplo heroico de los pueblos, la traición empezaba á salir de la hoguera misma de la revolución. El jefe de ellos, soldado como los Monagas, y como ellos creyéndose predestinado al solio supremo del poder absoluto, se dejó seducir y arrastrar por el espíritu de cuerpo: el *militarismo* incorregible, tenaz y corrompido, quería esta vez más convertir en provecho suyo la revolución y sustituyendo la espada á la espada, continuar el mismo régimen de explotación y de bandalaje establecido por la *dinastía*. El General Castro, vencedor en nombre del pueblo, comenzaba á entenderse con la facción vencida para despedazar la Constitución que acababa de jurar. Ciego como todos los ambiciosos, olvidaba que la revolución había triunfado bajo los auspicios del pueblo, que éste velaba, celoso y desconfiado, por la conservación de su obra redentora. Atacar la constitución liberal en esos momentos era atacar la revolución misma, era combatir los principios que había proclamado y los derechos y libertades que había garantizado, era arrojar nuevos combustibles al incendio popular y provocar la ira, la indignación de un pueblo engañado y traicionado. Castro y sus seides cayeron: el Presidente, juzgado y condenado, fue en cierto modo indultado por la magnanimidad del partido republicano, pronto siempre á olvidar las injurias de sus enemigos, y á pagar con

su cabeza su generosa confianza. Así acabó el episodio de la *traición castrense* y el *militarismo* recibió una nueva lección y escarmiento.

Hoy Venezuela está regida por hombres de la *lista civil*, que han desplegado una energía digna de la causa que sostienen (1). Hombres hábiles y versados en los negocios públicos, que han presenciado todas las revoluciones desde la independencia hasta nuestros días; que han visto á Bolívar en los tiempos de su esplendor y de su caída; que saludaron á Páez triunfante y glorioso y le acompañaron con sus votos *proscrito y desgraciado*; que combatieron la *dinastía* con su palabra y con sus escritos, y que llevan sobre sus sienes la aureola del saber, de la experiencia y de la justicia: hombres que han merecido siempre bien de la patria en todos los actos de su vida pública, responden hoy del bienestar, de la libertad y de los progresos sociales en Venezuela. La facción militar, expulsada de todas las ciudades y fortalezas, vencida en todos los combates, castigada y detestada del pueblo, busca un refugio en los bosques inaccesibles y en desiertos solitarios. Sin principios y sin divisa política, comienza á dividirse en pequeñas fracciones para vivir del pillaje; pero esto mismo acelera su caída y destrucción. El Gobierno sigue sus huellas, y donde quiera que levanta la cabeza, ahí está la fuerza pública para comprimirla. Felicitamos á Venezuela por el triunfo de las instituciones *liberales*, bajo la sombra tutelar de magistrados íntegros é ilustrados que han comprendido muy bien el espíritu de su época y las necesidades de los pueblos, cuyos destinos les han sido confiados. ¡Qué esos pueblos, valientes y esforzados, traten de conservar, con amor y entusiasmo, la preciosa conquista de su libertad, ese inmenso beneficio dispensado por la Providencia á las naciones que saben cultivarlo y defenderlo con su sangre y sus virtudes!

(1) El publicista se refiere á la época en que escribió este opúsculo (1860). Hoy, como en el luctuoso tiempo de los Monagas, la dictadura militar más detestable avasalla la conciencia y la libertad de la gloriosa patria de los héroes de la independencia. — N. del E.

## ARTICULO III

# Nueva Granada

---

*Sus tendencias liberales, su marcha, su progreso.* — El triunfo de la legitimidad y de la democracia. — La escisión del partido liberal: los liberales puros, los rojos y los Gólgotas: esfuerzos del militarismo, su obstinación, sus derrotas; triunfo definitivo de la democracia.

En esa República ha habido siempre tendencias á la descentralización del poder y al sistema federal. Rayando apenas la aurora de la independencia se dividió el Virreinato en varios estados que todos desaparecieron bajo el poder *unitario* de la Metrópoli. Las necesidades de la guerra, y más que todo siniestras desgracias y pérdidas dolorosas y sensibles, inclinaron los espíritus, por algún tiempo, al sistema central; y bajo su eficaz y poderoso influjo se conquistó y afianzó la obra difícil de la independencia. La espada de Bolívar y su inmenso prestigio mantuvieron por algún tiempo *la unión colombiana*, que tendía á disolverse pocos momentos después de la victoria de Ayacucho. Pero al constituirse Nueva Granada en estado independiente, se hicieron sentir con más fuerza sus antiguas simpatías por la descentralización del poder administrativo. La Constitución de 1832 consagró el principio creando las cámaras provinciales que funcionaron con acierto durante algún tiempo.

La prensa libre y el hábito de la discusión diseminaron poco á poco las doctrinas liberales y económicas en toda la República. El pueblo se acostumbró á examinar y discutir sus propios intereses y á poner en práctica todo lo que podía contribuir al bienestar de la comunidad y de cada uno de sus miembros. Los partidos se establecieron en sus respectivos campos, no como máquinas de la ciega é insaciable pasión del mando, sino como defensores y propagadores de sus principios y de sus doctrinas. Así se vió realizar pacíficamente un fenómeno poco común en la historia de las naciones: *un pueblo* que da al pensamiento democrático toda su extensión y toda su fuerza, que ensaya ardorosamente las reformas más avanzadas que la filosofía había concebido y que pueblos más adelantados en civilización y en comercio no habían osado adoptar.

Nueva Granada se desprende atrevidamente de todas las preocupaciones añejas, sacude los hábitos coloniales y se presenta como una Vestal pura y noble á recibir las *inspiraciones del nuevo régimen* y las doctrinas del evangelio popular, liberal y democrático. Verdad es que no han faltado nubarrones que enturbien y oscurezcan el horizonte político de esa República; pero el principio de la legitimidad y la idea democrática han salido siempre triunfantes, el espíritu del pueblo se ha retemplado en la lucha, los hábitos republicanos se han arraigado, y la libertad ha llegado á ser una realidad, un hecho, no una mentira siniestra é impudente como en otros Estados. En Nueva Granada el *liberalismo* no está diseminado únicamente en la parte ilustrada de la sociedad, sino que se ha fundido, por decirlo así, en la masa de la nación: cada granadino, cada fracción, cada partido es un centinela celoso y vigilante de sus libertades y de sus derechos. Las disidencias políticas no recaen sobre materia de dogma y doctrina liberal, sino sobre cuestiones de disciplina y de régimen interior que no alteran en nada la creencia popular. Esto es lo que no comprenden ciertos censores severos que no han formado su juicio y sus opiniones bajo

el sol ardiente de la discusión, y que miran con pavor ó con enojo todo lo que sale del estrecho límite de sus creencias: fanáticos de la política, intolerantes y murmuradores como los fanáticos de la religión.

El General Santander fortificó el sistema liberal con su ejemplo y con sus doctrinas y le dió crédito en el exterior, vigor y fuerza en el interior. Como magistrado sostuvo en el gabinete los mismos principios que había defendido con su espada en los campos de batalla. *El hombre de la ley* mereció bien de la patria, y su ejemplo fue un *precepto* para sus sucesores, que todos marcharon rigurosamente por el sendero de la Constitución, hasta el funesto día en que el nefando y siniestro vampiro de Berruecos subió á la silla presidencial. La administración Santander ha dejado ruecos muy gloriosos en Nueva Granada por el patriótico impulso que recibieron todos los negocios públicos, tan difíciles y tan intrincados en los primeros tiempos. Su consagración, sus desvelos, tanto como sus respetos á las instituciones, le granjearon la estimación popular, y su nombre quedó algún tiempo como el símbolo del *liberalismo* y la enseña del partido que lo propagaba.

Bajo la administración Márquez los partidos se designaron con más claridad, los colores políticos se pronuunciaron expresando francamente sus tendencias y sus doctrinas. Los unos querían el progreso lento, calmoso y razonado de la República, contando con el auxilio del tiempo y de la civilización; los otros querían la marcha rápida, audaz é impaciente, sin otros auxiliares que la verdad, la justicia y la moral. Bajo esta nueva luz, las ideas de *gobiernos fuertes*, es decir, de *gobiernos militares*, habían desaparecido completamente, porque la discusión, la seguridad común y la lógica del derecho habían repellido y arrojado fuera del horizonte social las pretensiones del orgullo y los ensueños del egoísmo. *Liberales y conservadores* proclamaban únicamente el régimen republicano, y estaban decididos á mantenerlo y defenderlo á cualquiera costa.

Y con todo, á pesar del voto de ambos partidos y de su adhesión al orden constitucional, aparecía de cuando en cuando el *militarismo*, sedicioso y mercenario, sobre la escena política, y con su funesto aliento encendía la discordia y la anarquía en el seno de la Nación. La supresión de los conventos menores, decretada desde 1826 por un Congreso de Colombia, ocasionó graves y serias dificultades á la administración Márquez. En Pasto prendió la primera centella de rebelión y de allí se extendió á otros puntos de la República. Las batallas de la Chanca y de Huilquipamba pusieron término á esa revuelta inicua, que detuvo por algún tiempo la marcha liberal y progresista de Nueva Granada. El triunfo del señor Márquez, *hombre de la lista civil*, afianzó el principio de la libre elección y destruyó el monopolio del poder supremo que el *militarismo* trataba de radicar en su gremio y en su clase.

La administración del General Herrán se mostró reaccionaria, vigorizando el poder público á presencia de la peligrosa crisis que había atravesado su predecesor. Se centralizó la acción gubernativa restringiendo el poder provincial y el poder municipal. Las Cámaras de provincia desaparecieron y todas las secciones locales entraron bajo el régimen inmediato del Poder Ejecutivo. La Constitución de 1843 fue un correctivo serio y trascendental de la Constitución de 1832. Las ideas *bolivariastas* del año de 26 se apoderaron de algunos espíritus turbulentos y apasionados: el *santanderismo* se eclipsó por algún tiempo y cedió su puesto á la reacción. Por fortuna; este orden de cosas no duró mucho: no podía durar en un pueblo que había trabajado tanto por el sistema republicano, y pronto reapareció la aurora del progreso y de la libertad.

La administración ilustrada del General Mosquera comenzó de nuevo el desarrollo de las ideas. La prensa abrazó con ardor su interesante tarea examinando y purificando todo en el crisol de la discusión. Las teorías políticas; las doctrinas económicas y sociales; lo que constituye y engrandece

la familia; lo que le da el sér ó la destrucción; lo que enaltece al hombre en el ejercicio de sus derechos, lo deprime ó lo degrada en la privación de sus libertades; el pasado, el presente y el porvenir, fueron estudiados, revisados y comentados por el celo activo é infatigable de los partidos. Época de luz y de trabajo que debfa completar la regeneración del pueblo y transformarlo sacudiendo, arrojando el polvo del sistema colonial.

El General Mosquera eligió un ministerio *fusionista* que comprendió su misión y el espíritu dominante de aquella época. Dió un decreto de amnistía y tendió una mano generosa á los *militaristas* vencidos y expulsados por las administraciones anteriores. Las elecciones fueron libres, y merced á esa libertad el partido liberal pudo llegar nuevamente al sòlo presidencial.

El General López organizó su ministerio en las filas del *partido rojo*, nombre que había tomado por fanfarronada y como un desafío á sus enemigos políticos. Los rojos trataron de poner en práctica la mayor parte de sus teorías, mostrándose consecuentes en el poder con lo que habían pedido y proclamado lejos del poder. La elección directa por sufragio universal, la abolición de la esclavatura, la supresión del ejército, la separación de la Iglesia y del Estado, el matrimonio civil y otras muchas innovaciones fueron ensayadas ó preparadas durante el luminoso período del General López. Sin gran perspicacia para el manejo de los negocios públicos, sin bastante talento y sagacidad para dominar las resistencias con que tropieza siempre toda administración reformadora y progresista, el General López tuvo la felicidad de terminar su periodo constitucional dejando á su patria en posesión de conquistas que ningún otro pueblo americano había osado emprender ni aun discutir.

La Constitución de 1853 fue el reflejo de esa época luminosa que había conducido á Nueva Granada al más alto grado de gloria y esplendor. Pero esa Constitución iba á mancharse con el contacto de Obando, que debfa prestar su firma como

Presidente de la República. La Constitución mancillada y ennegrecida con el aliento del crimen, debía caer á balazos como cayó el cuerpo del inmortal Sucre en las breñas de Berruecos. En efecto, el traidor violó sus juramentos, rompió la Constitución, armó el brazo de los sicarios, restos inmundos de la época dictatorial, y dejó enarbolar impunemente el pendón del *militarismo*. Melo, procesado por un crimen, se arranca del patíbulo, se pone á la cabeza de los genízaros y se proclama Jefe Supremo de la República.

Tanta audacia, tanto escándalo, tanto cinismo, despertaron el orgullo patriótico de los granadinos, y todos se alistaron para defender las instituciones y aplastar de un solo golpe la cabeza de la hidra que intentaba levantarse. En efecto, los partidos se reúnen, *conservadores y liberales* forman filas en un mismo campo, y marchan unidos á castigar la nefanda traición de los revoltosos. La página más hermosa y más brillante de la historia de un país será siempre aquella que presenta el lisonjero espectáculo de un pueblo que une sus esfuerzos para salvar sus instituciones y sus leyes: pero en Nueva Granada la Constitución era justamente el *escudo y la enseña* de todos los partidos, porque fue la concepción, el trabajo y la conquista de cada uno de ellos. Todos habían contribuído á levantar este precioso edificio de la libertad y todos debían concurrir á defenderlo.

Así el progreso de las ideas seguía en medio de la lucha como en medio de la paz: el trabajo social era continuo, incesante, como debe serlo para que un Estado pueda cosechar pacíficamente el fruto de sus labores. Los *gólgotas* aparecieron en la escena política propagando nuevas doctrinas y pidiendo nuevas reformas. Creen que la República no marcha con bastante seguridad y con bastante franqueza y acusan al partido liberal de tímido y estacionario. A su parecer, la Constitución de 53, salvada por el esfuerzo común, no corresponde ya al estado de adelantamiento en que se encuentra la República. Quieren plantear el Gobierno barato

suprimiendo la Vicepresidencia, y todo lo que existe como una carga inútil en la sociedad. Piden la supresión de las aduanas y demás rentas fiscales y el establecimiento de un impuesto único, directo y progresivo. Predican la obediencia razonada tanto á la ley como á la autoridad pública. El sistema federal debía venir en último análisis como la coronación del edificio. Nuevas cuestiones lanzadas con audacia en un campo habituado á la discusión, pero minado por la discordia y las facciones políticas.

Los conservadores que se creían fuertes por el sufragio universal y el apoyo del partido clerical, combatieron algunas de esas cuestiones y apoyaron y adoptaron otras con gran entusiasmo. La forma del gobierno federal quedó definitivamente establecida en 1857. La República se dividió en ocho Estados que se organizaron libremente, según las doctrinas y principios que prevalecían en la mayoría de los pueblos. El Estado de Santander puso en práctica la mayor parte de las teorías desenvueltas por los *gólgotas*. El jefe de ese partido fue llamado á administrar los negocios del Estado por los *santanderinos*, y, sentimos decirlo, el ensayo no correspondió á nuestras esperanzas. Entre tanto, la transición del sistema central al sistema federal no ocasionó ningún embarazo. La República marchó pacíficamente por espacio de cuatro años, satisfaciendo la impetuosa ansiedad de los partidos. Los señores Mallarino y Ospina, verdaderos delegados del pueblo y administradores de sus intereses, han consultado siempre la opinión de la mayoría y concordado todos sus actos con el voto popular. La ley ha gobernado no el capricho del individuo: cuando la ley ha producido celos y dificultades, se ha pedido su reforma y la reforma se ha hecho. ¿Qué motivo podía autorizar la revolución en semejante estado de cosas? Vamos á decirlo.

Los espadones han salido de sus oscuras guardias para turbar el orden público y restablecer el *militarismo*, excitados y apoyados por el General

Castilla. Mosquera y Obando, dos entidades *repulsivas y contrarias*, se han unido y arrastrado con su ejemplo á todos los *militaristas* ambiciosos, que vegetaban entre la ociosidad y el desprecio. Los *gólgotas* que predicaban *libertad y obediencia razonada*, se han prostituído á estos *viejos pretorianos* que no conocen más dogma que *la fuerza y la obediencia pasiva*. Semejante confusión de intereses opuestos y de *pasiones contradictorias*, semejante olvido de sus principios, de la justicia y de la moral pública en una nación donde la discusión está abierta á todas las opiniones, que cuenta con la prensa libre y el sufragio universal, que no tiene ejército que la subyugue, ni espías, ni gendarmes que la depriman, ni persecuciones, ni proscricciones, ni saqueos, ni matanza, que goza de la más completa seguridad á la sombra de instituciones queridas y respetadas del pueblo y bajo el patrocinio de una autoridad paternal y bienhechora; semejante aberración loca, absurda y temeraria, no puede atribuírse á otra cosa que á la corrupción del oro extranjero y á las promesas fementidas y falaces del *dictador peruano*.

En efecto, los editores de *El Tiempo de Bogotá*, los *liberales por excelencia*, enemigos infatigables del *militarismo*, que han predicado y ensayado las doctrinas de la escuela socialista, los *gólgotas*, apóstoles de la *idea democrática y de la regeneración social*, se ligan publicamente al representante del Perú, y manchan las páginas de su periódico tomando la defensa de Castilla en los momentos misinos en que este jefe disolvía el Congreso de su patria, encarcelaba á los diputados y se declaraba *dictador omnipotente*. El General Mosquera se alza al mismo tiempo con el mando del Estado del Cauca, y su primer cuidado es enviar un comisionado cerca del General Castilla para pedirle auxilio de armas y dinero. Así el *oro peruano* ha encendido la guerra civil en Nueva Granada: los pretendidos apóstoles de la libertad han abjurado sus creencias y convirtiéndose en sicarios del despotismo. Los *gólgotas y los pretorianos* se han unido, no pa-

ra redimir á los pueblos de la servidumbre, sino para sumirlos en ella; no para difundir el evangelio democrático, sino para conculcar los preceptos de la ley y de la constitución. Misioneros de la discordia y de la anarquía, ¿á dónde váis? A enterraros en el abismo que habéis abierto á vuestros pies? Los editores de *El Tiempo* se detienen ya espantados de su obra de iniquidad. Juran y protestan que no han aconsejado ni querido la guerra civil; pero la guerra civil no se detiene con los juramentos *gólgotas*.

El incendio se propaga; sus llamas devorantes pasan del Cauca á Santander, de Santander á Bolívar, de Bolívar al Magdalena. Y en medio de la combustión general, los amigos de la libertad, los defensores de la democracia, se preguntan aterrados: ¿Caerá la federación? Se perderán todas las conquistas hechas en un período de dura labor y de incesantes y continuos sacrificios? No; no caerán, porque los principios repúblicanos están *fundidos en el corazón y espíritu del pueblo*, porque son *su obra, su patrimonio y la herencia* que cultivan para la posteridad, porque la convicción se ha convertido en hábito, el hábito en necesidad y la necesidad arrastra el espíritu del pueblo á la conservación y defensa de sus derechos. Nosotros tenemos fe en el triunfo de los buenos principios. La Constitución será salvada, el pueblo libre y el *militarismo* vencido y castigado; y esta vez más dará Nueva Granada el patriótico ejemplo de amor á sus instituciones, á su libertad y á sus derechos.

## ARTICULO IV

# Ecuador

---

Los partidos; el nacionalismo y el extranjerismo. — Guerra á la prensa y á la tribuna. — Discordia y anarquía; degüellos y asesinatos. — Rocafuerte. — Su traición, su liberalismo, sus esfuerzos en favor de la ilustración y progreso de la República. — Revolución de 1845; caída del General Flores. — El partido liberal, sus servicios, sus disidencias. — Prostitución del partido militar. — Su caída; el jesuitismo conservador hace alianza con los enemigos de la República, abre las puertas de la patria al extranjero, y busca su salvación entregándose al proscripto, al negociador de la independencia americana. — Su victoria y las causas de ella.

Cuando el Ecuador se erigió en Estado independiente se hallaba dividido como el norte y centro de Colombia en diferentes partidos, que se inclinaban más ó menos al gobierno militar ó al gobierno republicano: pero todos esos partidos desaparecieron para fundirse en uno de los dos bandos que han conmovido y perturbado la República con el ruido y el escándalo de sus discordias. Esta división es peculiar y característica al Ecuador, porque sólo allí han existido esos dos partidos que se denominaban *colombiano* y *anti-colombiano*, *extrangero* y *nacional* (1). Los ecuatorianos, celosos y egoístas,

---

(1) El colombiano recibió más tarde, por baldón, la denominación de *florcano*.

se creían despojados de sus preeminencias y de sus derechos y procuraban sembrar las semillas del odio y de la desconfianza entre los colombianos de aquende y allende el Mayo. Los *colombianos*, orgullosos y altaneros, se *intitulaban* fundadores de la República y trataban al Ecuador como país de conquista. Un ejército de cinco mil hombres, recientemente orlado y coronado con los laureles de Tarqui, dominaba la nueva República y le pronosticaba días amargos é infaustos que no tardaron en realizarse.

Venezuela y Nueva Granada pactaron la devolución respectiva de los ciudadanos armados que se encontraban en el territorio de cada uno de los dos Estados al tiempo de la disolución de Colombia: los venezolanos y granadinos volvieron á su patria auxiliados y socorridos por sus gobiernos. Flores, *dictador supremo* del Estado ecuatoriano, no aceptó el convenio y conservó á su lado un ejército compuesto en su mayor parte de venezolanos y granadinos, valientes y esforzados, pero endurecidos y crueles por el hábito de la guerra y de la victoria. El *anti-colombianismo* se arraigó, se extendió, se hizo en cierto modo *nacional*. Los soldados mismos, guiados por un instinto de conservación, intentaron varios motines para volverse á su patria, y siempre fueron sometidos y escarmentados. La guarnición de Guayaquil se sublevó bajo las órdenes del General Urdaneta; la de Quito bajo las del General Ureña; la de Ibarra bajo las del Coronel Franco. Más tarde una columna escogida de soldados de la independencia abandonó la guarnición de Pasto y se entregó al General Obando; otra columna del *Vargas* se sublevó en Quito y se dirigió á Barbacoas, conducida por el sargento Arboleda (1). El Batallón *Girardot* fusiló á su jefe y á los oficiales y fue á buscar las fronteras de su país por la costa de Manabí (2). Todos estos movimientos no tuvieron más objeto que abrirse las puertas de la patria para descansar de tantas fatigas y de tantos combates. El

(1) Allí fue tomada y fusilada.

(2) Allí fue alcanzado, batido y laucado sin misericordia.

General Flores, engañando unas veces, fusilando otras, y haciendo lancear la mayor parte de los amotinados, logró contener el ímpetu de esas hordas y convertirlas en instrumento ciego de su sanguinario despotismo.

Para hacer más profunda la división y más encarnizado el odio entre los dos partidos, Flores repartió, por necesidad y por instinto, la mayor parte de los destinos públicos entre los extranjeros que se hallaban á su servicio. Los ecuatorianos se creían degradados y despojados de sus derechos y protestaban, con amargo despecho, contra la usurpación y la tiranía extranjera. Explicada de este modo la división de los partidos, su origen y sus tendencias, fácil es darse cuenta de la larga y encarnizada guerra que ha desolado el Ecuador desde 1830 hasta nuestros días. Humeando aún las cenizas de la discordia, puede volver á renacer al menor abuso, á la menor imprudencia del partido colombiano, porque un país, por moderado que sea, se mostrará siempre susceptible en materias de independencia y dignidad nacional: pero no cortemos el hilo de nuestra relación y sigamos contando los acontecimientos ocurridos en los primeros quince años de la República.

Se comprende bien que una Nación organizada de ese modo y devorada desde su cuna por un principio disolvente, no podía avanzar mucho en su movimiento político y social. El partido dominante sólo atendía á su conservación, y el dominado á romper cuanto antes el yugo que lo oprimía. Sin prensa libre, sin discusión pública, sin derecho de asociación, sin los estímulos que dan vuelo al pensamiento y á la libertad; con una representación absurda, raquítica y estafalaria, el país debía caer y cayó bien pronto en el más profundo y vergonzoso abatimiento. Cualquiera se imaginará y comprenderá los suplicios, los atroces asesinatos, los saqueos y los degüellos en masa que debía costar á los ecuatorianos salir de tan degradante humillación, perdiendo en la guerra y en la anarquía el precioso tiempo que otras Repúblicas dedicaban á la ilustra-

ción de los pueblos y al mejoramiento de las instituciones y de las leyes (1).

El historiador de aquellos tiempos no encontrará ni vida ni movimiento social. Todo lo que Colombia había hecho por el progreso de las ciencias, desaparece; todo lo que había hecho por la educación popular, se pierde; todo lo que había hecho por los establecimientos de beneficencia, creación de puertos, apertura y composición de caminos, queda sin efecto; todo lo que había hecho por la economía, arreglo y organización de las rentas, se entierra en el confuso ciénago del ágio, del estanco y de los monopolios. La enseñanza se mantiene *estacionaria*, por no decir *retrógrada*; la hacienda pública marcha á la ventura, pillando aquí y allí como los jugadores que sólo atienden á satisfacer la necesidad presente. La agricultura se halla agoviada por el impuesto, el comercio aletargado por la alza de derechos de importación y el gravamen de la exportación; el fanatismo acariciado artificialmente, el *provincialismo* alentado con diabólica perfidia, y el *militarismo* dominando la sociedad y estrujándola con toda la furia de sus pasiones.

Sería injusto pedir cuenta de sus ideas á este pueblo sin aliento y sin vida política. Un periódico de oposición, titulado *El Quiteño libre*, que circuló desde Mayo hasta Setiembre de 1833, es el único síntoma de movimiento y de trabajo. En setiembre *las facultades extraordinarias* encadenaron la *prensa*, proscribieron á los redactores y encendieron las primeras chispas de la guerra civil. Con la *prensa* cayó también la *libertad de la tribuna*, y el orador liberal, vehemente é ilustrado (2), fue expelido de los Bancos del Congreso y expulsado del territorio de la República. A esto sólo está reducida la historia liberal y parlamentaria del Ecu-

(1) Ese antagonismo fue causa de los asesinatos del 19 de Octubre de 1834 en Quito, de los asesinatos de Pasillo y de otros muchos en que parecían los próceres de la libertad, Sienz, Zabumbula, Conde, Echanique, etc.

(2) Rocafuerte.

dor. Su primer esfuerzo le costó *la guerra, la persecución y el martirio*. Hablemos, pues, de la guerra, ya que no podemos hablar de la *organización, del movimiento y del progreso social*.

La revolución de 1833 fue en su origen fruto de esa tendencia incontestable de las hordas extranjeras para volverse á su patria. Los jefes de esa revolución, Mena y Alegría, se apoderaron de la fragata *Colombia* vivando á Venezuela y al General. Páez para exaltar el entusiasmo de la tripulación. El robo de la fragata y de los caudales públicos se habría efectuado sin la actitud imponente del pueblo de Guayaquil que proclamó á Rocafuerte, jefe y caudillo de la revolución. Por desgracia el *antagonismo* de los dos partidos se hizo sentir bien pronto en el campo revolucionario, y este *antagonismo* introdujo la discordia y la traición. El *colombiano* Mena abandonó la plaza de Guayaquil sacrificando unos cuantos ecuatorianos que intentaron defenderla. Diez meses de lucha y de continuos combates fueron infructuosos porque el malhadado *antagonismo* contenía el ímpetu de los unos y alimentaba la perfidia de los otros. Al cabo de diez meses de penurias y sacrificios, el *colombiano* Mena entregó y vendió al *anti-colombiano* Rocafuerte; y éste, á su turno, entregó y vendió todo su partido al *colombiano* Flores.

Mientras que estos escándalos y traiciones pasaban en la costa, los pueblos del interior habían alzado el pendón revolucionario y ocupado la Capital de la República. La guarnición batida y vencida en diferentes encuentros se había visto forzada á capitular y á entregar las armas jurando no volver á tomar parte en la guerra civil. Los autores de los degüellos de Quito y asesinatos de Pesillo apelaron á la indulgencia popular para obtener el perdón de sus delitos. El *godo* Pallares, manchado con la sangre de Sáenz, de Hall, Echanique y Zaldumbide, fue á refugiarse en la casa de los amigos y parientes de esas víctimas ilustres. El pueblo que tuvo confianza en los juramentos de sus enemigos, se arrepintió bien pronto de su generosidad.

Seis meses después, los genzaros perjuros lanceaban desapiadadamente á sus valientes y generosos enemigos en los campos de Miñarica.

Los dispersos y disidentes de la costa, que se refugiaron en el interior, llevaron al nuevo campo el germen de la desunión y de la discordia. El *antagonismo* se hizo sentir inmediatamente en las filas del ejército y comenzó á preparar el triunfo y la venganza de Flores: en un campo reinaban el odio, la desunión y la anarquía, en el otro la obediencia, la unidad y la disciplina; y fácil era prever las consecuencias de semejante estado de cosas. El desenlace funesto no tardó en llegar y cubrió de luto y desolación á la patria. Las tropas indisciplinadas fueron vencidas y dispersas por las hordas feroces del usurpador: mil y tantos prisioneros fueron degollados después de rendidos y los bienes de los sediciosos confiscados y vendidos en subasta pública.

Después de este sangriento degüello el *partido nacional* quedó adormecido y sumido en un abatimiento mortal. Algunos restos, escapados de Miñarica, aparecieron en Esmeraldas, Guayaquil y Santa Lucía para pagar el tributo de sangre al vencedor. Todos los prisioneros fueron fusilados. La persecución fue cruel y sangrienta; pero los vencidos mancharon la justicia de su causa pidiendo auxilios á Nueva Granada á costa de la nacionalidad é independencia de la República. El Gobierno de aquel Estado tuvo la sensatez de no aceptar la anexión y de castigar con su desprendimiento la bajeza de los anexionistas. Es, pues, vieja la propensión de ciertos hombres y de ciertos partidos á desmembrar el territorio de la patria por satisfacer sus ruines y miserables venganzas.

Flores, bautizado con la sangre de Miñarica, se declaró ecuatoriano de nacimiento; y este sarcasmo insolente probó de una manera oficial, la arrogancia del vencedor y la humillación de los vencidos. Fue entonces que se estableció *aquel célebre pacto de alternabilidad en el mando* entre Flores y Rocafuerte, es decir, entre el *príncipe* y el

*vasallo*, entre el instrumento y la fuerza que lo maneja. Así la administración de Rocafuerte fue, en cuanto al sistema, la continuación de la administración Flores; pero, en cuanto á los detalles, se mostró hábil, inteligente, laboriosa y patriótica en todo el sentido de la palabra.

La educación popular recibió una protección especial; las artes y las ciencias renacieron; se crearon varios colegios; se secularizaron otros y recibieron nuevos estatutos. Las rentas se organizaron; se combatió el agio y los abusos establecidos por el antiguo *mandarin*; se hicieron economías, y, por primera, vez el empleado recibió sus sueldos el día señalado por la ley. Quiso moralizar el ejército estableciendo la educación militar, destinando los soldados á la composición de los caminos, y situando colonias militares en las orillas del Amazonas. Todos los ramos de la administración pública recibieron algún impulso, y Rocafuerte descendió de la presidencia el día señalado por la ley, reconciliado con el pueblo, absuelto y estimado por todos los hombres de corazón.

En su segundo período presidencial el General Flores trató de *civilizarse*, de *apasiguarse*, de *domesticarse* y *fundirse* en la masa nacional; pero era ya tarde. El *antagonismo* había echado raíces profundas; y sediento de sangre clamaba venganza. El curso inevitable de los acontecimientos venía además á fortificarlo. El Congreso de 1841 no pudo organizarse minado por el *antagonismo* de los dos partidos. El bando colombiano trató de anular las elecciones de Imbabura y el anti-colombiano las elecciones de Cuenca: el Congreso se disolvió por falta de número. Al General Flores, en lugar de convocar nuevamente los colegios electorales, le pareció más cómodo gobernar sin *asambleas*, y atravesó sus cuatro años sin dar cuenta de su conducta, ni de la inversión de los caudales públicos.

Este ultraje hecho á la Constitución y al sentimiento nacional, que veía con enojo tanta impudencia y tanto cinismo, fue precursor de nuevos y

mayores atentados. En lugar de entregar el mando político el día señalado por la ley, convocó de propia autoridad en 1843 una Convención que cambió de golpe las formas constitucionales adoptadas hasta entonces en la mayor parte de las repúblicas sud-americanas. Se hizo nombrar Presidente por diez años y declarar ecuatorianos de nacimiento á todos los genzaros que habían coadyubado á tiranizar el país. Tan inicua usurpación, como escandaloso atropellamiento de todas las fórmulas y principios constitutivos del sistema republicano, despertaron el odio y la *indignación nacional*, que había quedado amortiguado, pero no extinguido en Miñarica.

En 1845 la provincia de Guayaquil se sublevó, batió al General Wright el 6 de Marzo, al General Otamendi el 3 de Mayo, y forzó al General Flores á capitular el 9 del mismo mes, después de un sangriento y encarnizado combate en los atrinchamientos de "La Elvira". El General Guerra fue batido en el tablón de Machángara, el Coronel Ríos se entregó á los alrededores de Cuenca, el General Farsán cayó prisionero en Quito, y una serie de reveses y de trastornos vino al fin á romper esa tremenda autoridad que había causado tantos males á la patria.

Así cayó el coloso venezolano después de quince años de dominación, quince años de guerra civil y de anarquía, quince años de luto y de ignominia, EN QUE SE PERDIERON TODOS LOS GÉRMESES DE RENOVACIÓN Y DE PROGRESO PECULIARES Á TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA. El pueblo ecuatoriano no había podido habituarse á la *discusión*, porque la discusión era un *crimen*, no había podido formarse en la escuela de la *prensa* y de la *tribuna*, porque la prensa y la tribuna estaban *proscriptas*. Había defendido de cuando en cuando la libertad por instinto, la nacionalidad por orgullo, el derecho como una tradición de los gloriosos tiempos de la independencia: su fe era ciega, su creencia irreflexiva, su *principio motor*, triste es decirlo, el odio y la venganza. Le faltaban todavía esa convicción ilustra-

da, que eleva al individuo y fortalece el carácter nacional, esa confianza noble, esa calma firme y razonada que inspira el conocimiento de su fuerza y de sus derechos.

No es, pues, extraño que el Ecuador haya encontrado tantas dificultades para constituirse y organizarse después de quince años de *opresión y de luchas sangrientas*, que fueron como la continuación del régimen colonial. Y sin embargo, en el corto período de su existencia política, de 1845 á 1858, ha hecho las siguientes importantes conquistas que justifican al partido nacional. *La formación y adopción del código civil; la abolición de la pena de muerte por delitos políticos; el establecimiento del juicio por jurado en materia criminal; la emancipación de los esclavos; la supresión del tributo de los indios; la organización de la hacienda pública; el arreglo de la deuda extranjera y el establecimiento de colonias agrícolas* que pueden transformar la situación de la República creando nuevos puertos y abriendo nuevos canales á la exportación de sus productos.

No ocultaremos á nuestros lectores que las diferentes administraciones que se han sucedido en estos últimos años, desde el memorable 6 de Marzo de 1845, han sido ominosas y perjudiciales al país, porque ha reinado en todas ellas un espíritu de mezquindad, egoísmo é intolerancia, que ha hecho recordar á cada paso la aciaga y funesta dominación del General Flores. Bajo la administración Roca se estableció el peculado y la dilapidación. Roca fue el jefe, el eco, el intérprete de las pasiones de ese partido que aparentaba ver en todas partes la sombra de Flores y pedía la sangre y exterminio de sus adeptos. Urbina, educado en la escuela del *militarismo floreano*, nutrido con sus intrigas y aleccionado con ese fatal ejemplo, llevó al gabinete todas las pérdidas astusias del *floreanismo*; cubriendo su arbitrariedad y sus abusos bajo la sombra de Flores, que hacía jugar maliciosamente en todos sus actos. Robles, sombrío reflejo del *urbinismo y del floreanismo*, que son una misma cosa con dife-

rentes denominaciones, convirtió el gabinete en un taller de prostitución y de libertinaje, que acabó de inflamar los espíritus y disponerlos á la oposición y á la resistencia.

Por causas tan justas y poderosas, el *partido nacional* se fraccionó en diferentes ramificaciones que todas tendían á romper el *yugo del militarismo*. El *conservador añejo y habituado á la servidumbre*, que venía desde el año diez como cola del despotismo, quería la caída del *triumvirato* (1), con la intervención de Flores y el establecimiento de la *dinastía*. El *conservador jesuita* trabajaba por el triunfo del *civilismo nacional* sin mezcla y apoyo de los *genizaros*: el *liberal* alzaba el pendón de la *libertad completa*, la reforma tanto en los hombres como en las instituciones. Su valiente y patriótico programa consistía en la *supresión del ejército*, la *libertad de conciencia*, la *separación de la iglesia y del Estado* con todas las innovaciones obtenidas y conquistadas por la República vecina. Era el *rojismo* importado de Nueva Granada y defendido por el suelo movedizo del Ecuador, agitado ya por tantas pasiones.

Entre tanto, era fácil y conveniente la *unión de los conservadores puros y de los liberales progresistas*, que estaban de acuerdo en los medios y en el *objeto principal* de la cuestión. Y en efecto, esta *unión* se realizó en 1858 en el seno de las Cámaras Legislativas. Los dos partidos se reunieron y acusaron al Poder Ejecutivo para desarmarlo y despojarlo de la *dictadura*; y lo habrían conseguido si el bloqueo de la escuadra peruana no hubiese venido á favorecer expresamente la *usurpación*. El Congreso fue disuelto, atropellado, ultrajado en los momentos en que todos los poderes debían conservar su fuerza y su prestigio para obrar de común acuerdo en la defensa de la *independencia nacional*. Los usurpadores, desacreditados, imbéciles y cobardes, cayeron inmediatamente, dejando por herencia á la República la guerra del Perú y todas

(1) Urbina, Robles y Franco.

las pasiones egoístas que habían puesto en juego los crímenes y los atentados de su desacordada ambición.

*A la caída de los usurpadores*, los partidos políticos no pudieron entenderse y coadunarse para organizar la República y salvarla de la espantosa crisis que pesaba sobre ella. Los liberales quisieron la continuación del orden constitucional con el Vicepresidente, ciudadano honrado é inteligente, que daba toda especie de garantías al país por su *patriotismo* y consagración al servicio nacional. Los conservadores asaltaron el poder, apoyados por el partido florecano, y constituyeron un nuevo *triumvirato*, copia y trasunto del *triumvirato* caído (1). De aquí esa serie de traiciones y de infamias que han comprometido *el honor, la dignidad y existencia de la República*.

Eliminado y alejado de la escena política el partido liberal, quedaron frente á frente el partido conservador y el partido militar haciéndose guerra á muerte y apostando á cual de los dos infamaba más el nombre del Ecuador. Ambos pidieron y obtuvieron el auxilio del enemigo extranjero, le constituyeron *árbitro supremo de sus contiendas soberanas*, y le llamaron para dirimir las poniendo en sus manos la suerte de la República. El soldado fue, oyó al soldado, se ligó con él y despreció al ciudadano. Juez inicuo y arbitrario que veudió la justicia por un pedazo de tierra. Pero esa sentencia fue el *grito de alarma y de reunión* para todos los ecuatorianos que no habían perdido aún el amor á la patria y el sentimiento de su propia dignidad. En efecto, el Ecuador se recogió en sí mismo, se concentró, se armó y tuvo la gloria de probar á Castilla y á todos los traidores, que tenía aún bastante *fuerza*, bastante *energía* y bastante *patriotismo* para defender su soberanía é independencia.

Era preciso un crimen tan grave, una traición tan monstruosa para que el Ecuador absolviese y

(1) El primero perseguía y desterraba: el segundo perseguía, destierra, confisca y da látigo.

confiase el mando de sus ejércitos al hombre que lo había tiranizado por espacio de quince años, y que lo había tenido, quince años más, en continua y perenne agitación: pero Flores no volvía al país como en 1852 para recuperar derechos personales y dinásticos, sino para prohijar y defender una causa justa y noble, la más noble de cuantas se han presentado en los anales americanos (1). Franco había prostituído el honor nacional, vendido el territorio de la República y sacrificado su independencia: era el instrumento del *principio extranjero* en lucha abierta con el *principio nacional*, el bárbaro martirio que quería borrar y destruir los trofeos y laureles de Tarqui. Flores, por el contrario, aparecía como un emblema vivo de *las glorias pasadas*, como el depositario de esa *preciosa herencia* que nos legó la antigua Colombia; y la victoria debía coronar y coronó los esfuerzos del representante del *derecho y de la justicia*. En 1852 Flores fracasa á la cabeza del *filibusterismo*: en 1860 Flores triunfa á la cabeza del *nacionalismo*. Así los hechos se encadenan y se explican por una misma causa: el principio nacional, principio fuerte y vigoroso que guía y sostiene la espada de los defensores de la patria, abandona y castiga la causa de los traidores que tiemblan en el momento del peligro, viéndose maldecidos y condenados de antemano por la opinión pública.

¡Que los vencedores no abusen de la victoria, que no olviden las lecciones del pasado; que los unos recuerden quince años de proscripción y de miserias, que los otros contemplan á Urbina deplorando sus errores y su infortunio en las costas desiertas de Cobija; que vean á Robles arrastrándose de pueblo en pueblo para conservar una vida de ignominia y de vergüenza! No hablamos de Franco, última escoria del partido militar, arrojado en playas extranjeras por las ondas irresistibles del desprecio público. Creemos y osamos decirlo, que

---

(1) El tiempo ha probado que el General Flores ha vuelto al Ecuador hambriento de plata, sangre y venganza.

los traidores *de la víspera* no tienen derecho de juzgar y castigar á los traidores *de la mañana siguiente*. No acusamos ni defendemos á ningún partido: esperamos. El tiempo nos ilustrará, aunque empieza á presentarnos ya tristes y negros presagios. *La proscripción y la confiscación* no son los mejores signos de la imparcialidad y rectitud de un partido cuando entra al poder: esa es la continuación del sistema combatido y derrotado, es el patíbulo que cae y vuelve á levantarse como la corona de los reyes que se desprende de las sienes del poseedor moribundo para pasar á las de su ambicioso heredero. El *triumvirato* se reparte el mando de las provincias y ejerce en cada una de ellas la *plenitud del poder*, triple despotismo que agobia y deprime la República. *El militarismo* tiende á vincularse en un solo hombre que toma el mando vitalicio del ejército. ¿Cuál es entonces la garantía y la independencia de los poderes públicos, cuál la atribución del mando supremo delante del poder armado, perenne é inviolable del General en Jefe? No queremos discutir ni penetrar en el examen de estas cuestiones. La Convención nacional va á reunirse, y sus deliberaciones nos darán la medida de su libertad ó de su servidumbre, entonces comprenderemos la suerte definitiva del país, presa del despotismo ó de la anarquía, si la Convención no representa los verdaderos sentimientos del pueblo ecuatoriano, que no aprueba ni la intolerancia, ni la injusticia, ni el fanatismo de sus mandatarios. Ayer se invocaba el derecho; hoy la arbitrariedad y el despotismo; mañana la inquisición, el tormento y los suplicios, hasta que llegue el día del castigo y de la venganza. No olvidemos, pues, las lecciones del pasado: allí están vivas, palpitantes, clamando moderación y justicia. Desgraciados de aquellos que no quieran escucharlas.

Esto decíamos en Noviembre de 1860. ¿Cuál es ahora la situación del Ecuador y la actitud de los partidos? Franco, empeñado en llevar adelante su infame traición y en hacer valederos los actos de su degradada administración, adula bajamente

al General Castilla y le instiga á reconquistar el injusto patrimonio cedido por él. Como Flores en 1858, lanza diariamente artículos en *El Comercio* de Lima para inflamar los espíritus y encender la guerra entre los dos países. Miente, calumnia y se prostituye como el Judas de Puerto Cabello, modelo visible de cuanta infamia y de cuanta iniquidad es capaz la naturaleza humana. García Moreno, el atolondrado jesuíta, que ha infamado al Ecuador con la repetición de tantos escándalos, ha sido elegido Presidente en premio de sus crímenes y de sus maldades. Tres veces *traidor*, tres veces *vendido*, primeramente á Castilla que le hizo cometer toda especie de humillaciones y de bajezas; en seguida á Flores que ha exigido de él todo género de sacrificios hasta el de la *providad*, la última prenda que le quedaba; y en fin á la Francia, que no ha aceptado el ridículo homenaje de nuestra nacionalidad, campea hoy entre la ominosa lista de los déspotas sud-americanos. En todas partes se ha visto Congresos que se sometan dócilmente al prestigio de la victoria y al imperio de la fuerza. Pero hasta ahora no se había visto una corporación que elevase altares á la *traición* y á la *infamia*, como si esas fuesen las únicas deidades que debe adorar un pueblo humillado y engañado. Así *el látigo* y *el tormento*, que fueron los instrumentos de la civilización en tiempo de la conquista, son nuevamente los motores del progreso y de la moral con que *el militarismo jesuítico* se propone hacer marchar á los pueblos del Ecuador. Es Roma, postrada delante de Calígula; Roma, que corre al circo á presenciar las escenas de *locura* y de *cinismo* con que obsequiaba Nerón á un pueblo prostituido y degradado; Roma, que se arroñilla delante del Calígula de sotana y delante del arlequín ridículo cubierto de alamares y de bordados. ¡Pobre Ecuador! pero, puesto que sufre, él se merece su suerte.

## ARTICULO V

### Perú

---

Influencia del espíritu de conquista en sus costumbres. — Influencia del Perú en el espíritu de sus conquistadores y de sus libertadores. — Lima, el Cuzco y Arequipa. — El militarismo y el masonismo. — Influencia de la sotana: las dos escuelas. — Estrido violento del país. — Causas de los últimos sucesos que han puesto en peligro inminente la vida del tirano.

Se ha dicho del Perú que es un niño mimado de la fortuna; el hijo pródigo acostumbrado desde la infancia á la discipación y á la licencia; un mayorazgo botarate, poseedor privilegiado de una inmensa riqueza sin trabajo; heredero repentino de los pájaros que no tienen ni patria ni patrimonio: que es la envidia y codicia de todos los conquistadores; un rico botín abandonado al primer ocupante, como la diadema de los pueblos nómades y pastorales; reino de desorden y confusión azotado por todos los huracanes de la política; nuevo campo de Agramante, donde luchan todas las pasiones y todas las contrariedades: que el Perú es un país de fabulosa grandeza y de miseria real, fanático de su propia hermosura, que se quiere, se corteja y se adora á sí mismo: un pueblo incrédulo, alegre, indolente, amigo de la risa y de los placeres; una nación ligera y juguetona, que duerme tranquila en medio de sus dolores y de sus conflictos, arrullada

por el canto de sus sirenas y el grito de sus verdugos: que olvida fácilmente lo pasado y deprecia el porvenir; que deja el poder á los que quieran tomarlo, la creencia al vulgo y la filosofía á los necios: un pueblo sin partidos pronunciados y sin colores políticos, sin oposición sistemada, sin mayorías ni minorías; un pueblo excepcional y único en la historia de las naciones: que el Perú no puede ser comprendido ni estudiado, ni descrito sino por sus propios hijos, porque sólo ellos tienen el secreto de su vida política y social, y que sólo ellos conocen los resortes de esa máquina intrincada que marcha á la ventura, destruyendo todas las reglas, combatiendo todos los principios y burlándose de todos los cálculos y previsiones de la política. Se ha dicho, en fin, que la historia de este pueblo raro, que se admira, se estima y se compadece al mismo tiempo, será una historia aventurera en sus pasos, incierta en sus juicios, insegura en sus apreciaciones, como el pueblo mismo, cuyo carácter se propone bosquejar. Nosotros, sin aceptar ni repudiar esas calificaciones, vamos á exponer sencillamente los hechos políticos y á buscar en ellos el misterioso secreto de sus principios, de sus tendencias y aun de sus reales ó aparentes contradicciones. Empecemos (1):

El Perú, virtuoso y patriarcal, fundó un imperio, extendió sus conquistas por sur y norte, civilizó y corrigió las costumbres de los bárbaros, amalgamó los pueblos, los unió entre sí por los lazos de una dulce legislación y los hizo buenos y afortunados. Adoró al sol y grabó en láminas de oro su imagen sagrada, porque el oro debía ser más tarde su ídolo y su divisa. En el siglo XVI el Imperio de los incas había cumplido su misión patriarcal y llenado los destinos que la providencia le había confiado: había hecho lo bastante para el bienestar de los pueblos, pero casi nada para el progreso de las letras, de las ciencias y de las artes. Por lo tanto la civilización

---

(1) Este cuadro es tomado de los escritos y opiniones emitidas por muchos peruanos ilustrados que juzgan á su país tal vez con alguna severidad.

en *peñales* debía ceder su puesto á una civilización más avanzada y el Imperio de los incas cayó bañado en la sangre de sus hijos para regenerarse, según se decía, al reflejo de la nueva ley.

La revolución del siglo XVI, sacudiendo el yugo de la autoridad y rompiendo las cadenas que cautivaban la razón humana, puso en movimiento todos los elementos del antiguo orden social y creó otros nuevos. Entre esos elementos de nueva vida se coloca con justa razón el descubrimiento de nuestra América, tan bella, tan rica y tan fecunda, que ella sola podría alimentar una gran parte del género humano entonces conocido. El atrevido Genovés surca las aguas del Grande océano y viene á tomar posesión, en nombre de la Corona de España, de esas regiones solitarias y pacíficas que dormían hasta entonces el soporífico sueño de la idolatría; pero el valiente y esclarecido marino que había adivinado la existencia de un nuevo continente, no previó las cadenas que le esperaban en recompensa de sus servicios, ni la destrucción y exterminio de los pueblos que había conquistado á la civilización y á la fe. La fe que les brindó, como un signo de salud, en lugar de bañarlos en las aguas puras de la religión y de la virtud, los sumergió en sangre y corrupción. Así el Perú no abrió sus ojos á la luz del evangelio sino para presenciar las escenas atroces del crimen y del bandalaje. Valverde le hizo degollar en nombre del soberano de los cielos que le enviaba sus órdenes por medio de un libro incomprensible para él; y Pizarro, en nombre de un monarca que dictaba sus leyes por la boca mortífera de los cañones.

Eso era bastante para turbar sus pasos vacilantes en la vida de la regeneración; pero debía todavía apurar las eces de ese veneno corrupto que se destilaba en sus venas, y que iba á tener en la serie de los tiempos un fatal influjo sobre su existencia política. Su entrada en la nueva familia fue un *paricidio*, el *asesinato del jefe de la conquista* por sus *pérfidos* y *desleales amigos*. Su primer ensayo fue la guerra civil, el combate del hermano contra el

hermano, el despojo, el robo, el exterminio entre los hombres *de la misma raza*. La ciudad de los reyes, risueña y voluptuosa, se fundó á las orillas del Rimac y sus muros, húmedos todavía, fueron salpicados con la sangre de su fundador. Este nuevo Remo arrojó su espada en medio de los conjurados, como el emblema de la discordia y de la anarquía, que había de atormentar por largos años las tierras del Inca. ¿Esa maldición, esa venganza póstuma del conquistador se habrá cumplido? Nos otros vamos á bosquejar rápidamente el movimiento político de este pueblo, desde la fundación de la República hasta nuestros días, y trataremos de ser fieles á los hechos y á la opinión comunmente recibida.

El Perú fue el primer pueblo de la conquista y el último de la independencia, como si *el león de España* no hubiese querido desprenderse de su víctima predilecta. De allí salieron para los demás puntos de la América meridional las huestes conquistadoras; y allí fueron á terminar la obra interesante de la independencia las legiones valerosas que, partiendo de las extremidades del continente, confundieron sus armas y pabellones en el estrecho campo de Ayacucho. Pródigo y opulento obsequió con regia profusión á sus huéspedes y estos codiciaron y envidiaron las ricas posesiones del pueblo redimido. Allí perdió *el héroe de las Pampas* su modestia republicana y quiso plantear el lujo de la monarquía. De allí fugó y levó anclas repentinamente el marino inglés con todos los caudales que le dieron en depósito. Allí Bolívar, el genio de la guerra, el soberbio émulo de Washington, concibió el proyecto del Imperio andino y quiso cambiar la gloria del soldado con la mezuquina corona de la usurpación. Allí Santacruz soñó largo tiempo en la resurrección del trono de los incas, bajo los pliegues falaces del estandarte confederal. Allí se ha apagado siempre el genio, amortiguado la virtud y degenerado el valor republicano. Al penetrar en las murallas de Lima, el vencedor toma y consume la voluptuosa copa de esta segunda Capua, y he ahí el misterio de la degeneración.

Lima es el Perú, porque allí está la cabeza, el corazón y el pensamiento del pueblo. Todo movimiento político y social parte de este gran centro de acción y de poder: allí se aglomeran todos los elementos de riqueza, todas las fibras de la industria y del comercio: allí se acumulan todos los progresos de las artes y de las ciencias, todas las ventajas de la civilización y todos los refinamientos del lujo: allí se reúnen todas las inteligencias que sobresalen en cualquiera región de la sociedad: allí habla la prensa, resuena la voz de la tribuna y canta el refrán popular todas las quejas y lamentos de la República. El Cuzco, esta hija desvalida de los incas, gruñe, pero se somete: Arequipa, esa valerosa hija del Misti, protesta, se arma y se bate, pero queda vencida. La supremacía del poder ha estado y estará siempre en manos de la graciosa y atractiva sirena del Pacífico, esa nueva isla de Calipso, donde se adormecen y transforman todos los políticos y todos los soldados, los hombres de *toga* como los hombres de *espada*.

Allí se encuentra el asiento de todas las doctrinas buenas y malas: allí se organiza el masonismo, como templo de la libertad, contra el militarismo, ese antro de servidumbre: allí trabaja la logia de la razón contra la logia de la usurpación: allí existen las dos escuelas que se disputan el imperio del mundo: *la escuela reaccionaria y la escuela progresista*. ¡Y cosa sorprendente! son dos sotanas los jefes de estas escuelas contrarias. La sotana *sibarita* predica y sostiene el principio de autoridad y la obediencia pasiva: la sotana pobre y humilde, como *el saco del anacoreta*, propaga y defiende la soberanía nacional y los derechos del pueblo. La escuela doctrinaria, que subyuga el espíritu y perverte el corazón, produce esa nube de langostas aspirantes que invade los salones del ministerio, porque cree que el gobierno del mundo le pertenece y corre osada y bulliciosa en pos de los honores, el juego y los placeres: la escuela republicana mantiene la dignidad de su fe, trabaja por la libertad del pueblo y conspira para obtenerla, porque la

conspiración es el único arbitrio que le dejan expedito los manejos arbitrarios y despóticos *de la usurpación*.

La sotana ha influido siempre en la política del Perú, como si la tiranía militar hubiese querido escudar sus atentados con esa alianza sacrílega. El señor Pedemonte, orador fácil, fecundo y ameno, fue el favorito del Libertador. El señor Luna Pizarro, de una elocuencia impetuosa y apasionada, fue el corifeo del movimiento anti-bolivarista, y algunos años más tarde *el hacha* del usurpador Gamarra. Charun y Pellicer se encargaron de guiar y conducir esa alma perdida, que recibió un castigo ejemplar en el famoso campo de Ingavi. El señor Villarín consoló y sostuvo con su mansedumbre apostólica los días agitados y turbulentos *del protectorado*. El *sibarita* Herrera fue el consejero más influyente del gobierno de la consolidación y tentó ultimamente, pero en vano, hacerse director del indómito Castilla (1). Así la sotana, contra los preceptos del divino Maestro, que dijo claramente: *regnum meum non est de hoc mundo*, se ha ingerido siempre en la vida política de esa república, ya sea como actora, como regente ú opositorista, y ha dado al militarismo ese color siniestro y sombrío, que es la marca infalible del gobierno teocrático, gobierno de mezquindad, ceguera é intolerancia, gobierno de muerte y de consunción.

Hemos dicho que Lima es la cabeza y el corazón del Perú; ahora añadiremos que Lima es también la garganta y el vientre de la República. Allí se consume la mayor parte de las rentas públicas: allí se cruzan y atraviesan todas las baterías que se arman contra la hacienda nacional: las consignaciones, consolidaciones, jubilaciones, montepíos, cesantías, pensiones, indemnizaciones, reparaciones, ajustamientos, y otras gracias personales ó hereditarias: allí surge y afluye todo género de contrata para importación de chinos, vestuarios, armas,

(1) El refrán dice: que este caudillo para gobernar al Perú no necesita de otro apoyo que sus botas.

ferrocarriles, vapores, alumbrados, diques, jardines, alamedas, palacios, estatuas, etc., etc., que todas tienen por objeto ganancias más ó menos ilícitas sobre el tesoro público: allí se juega la justicia, la tranquilidad pública, la paz, el orden y la seguridad individual. Allí, en fin, está el ojo de la República. El candidato de Lima es el candidato nacional: los pueblos del Sur y Norte no eligen ni adoptan un candidato, sino después que Lima ha exhibido y recomendado *el suyo*. Los militócratas, que componen la alta gerarquía militar, reciben como verdaderos sátrapas el mando de los departamentos y aguardan paciente ó impacientemente la ocasión propicia de escalar el poder supremo.

El Sur se gloria de sus hombres de Estado: Lima se gloria también de los *suos*; pero unos y otros buscan en la Capital alimento á su ambición y pábulo á sus talentos. A los Luna Pizarro, Latorre, Lazo y Paz Soldán, Lima opone con orgullo los Vidaurres, Pandos, Pardos y Mariáteguis. A los Gamarras, Lafuentes, Castillas y San Román, Lima responde con los Salaberris, Vivancos, Torricos y Mendiburos. Vidaurre es el reflejo de Lima: imaginación brillante, rica, novelesca, estilo vivo, coloreado y fantástico: es la alta y baja del espíritu, la contradicción sistemada, la fe y la incredulidad, el pecado y el arrepentimiento. Vidaurre contra Vidaurre, *el sí y el nó* en medio de los vapores tibios y lánguidos de una atmósfera enervante. Pardo es la gala de su patria: naturaleza enfermiza, dotada de una inteligencia espléndida, festiva, ingeniosa y picante, es la luz que resplandece en los grandes conflictos y en las grandes solemnidades. Desgraciadamente su brillo dura poco, tan poco, que apenas influye en los destinos de su hermosa patria.

Gamarra no fue ni filósofo ni moralista, y fundó una escuela: la escuela de la traición y de las revueltas. De él datan todos los trastornos que se han sucedido en el Perú después de la independencia: así pesa sobre él más que sobre ningún otro una responsabilidad histórica. Despojó al General

Lamar del poder supremo y se colocó en lugar suyo. Fundó el poder militar y le constituyó en soberano. Degradó al pueblo, le inmoralizó y le sumió en oprobiosa servidumbre. El ejército adquirió desde entonces *la facultad vitalicia de pronunciarse* sobre los destinos de la República. Dejó obrar á las asambleas en tanto que las mayorías fueron dóciles á su voz, y se alzó contra ellas todas las veces que mostraron un espíritu de libertad é independencia. Turbó la paz de los vecinos, fomentó la discordia y la guerra civil: invadió el territorio ajeno y cubrió de luto y de baldón á su patria. En 1834 se vió forzado á depositar el mando supremo en la Convención Nacional y á reconocer por unos pocos días la autoridad legal del General Orbegoso; pero conspiró á mano armada y atentó por segunda vez contra el Gobierno legítimo de su patria. El traidor reincidente recibió pronto un terrible desengaño. La opinión pública desaprobó su conducta, el pueblo resistió, el ejército se desbandó, y, por primera vez, triunfó la legalidad, aunque para sucumbir á impulsos de una nueva traición. El abrazo de Maquinguayo selló esta era de oprobio para dar paso á esa serie de revueltas y de trastornos, que todas tienen el tipo característico de las traiciones gamarranas.

Gamarra vencido fue á refugiarse en el territorio boliviano y enseñó el camino que debían seguir en adelante todos los tráfugas del Perú. Algunos años antes había insultado á Bolivia acometiéndola alevosamente; pero eso no era un estorbo para convertirla en teatro de nuevas maquinaciones contra su patria. Buscó la alianza y el apoyo de Santa Cruz: los dos amigos se dieron la mano, se abrazaron y se engañaron con vergonzosa perfidia; pero el misterio no duró largo tiempo, y pronto se encontraron, como rivales furiosos y encarnizados, en el campo de Yanacocha, funesto para el traidor consuetudinario. Gamarra cayó por segunda vez bajo la sombra aciaga del General Orbegoso, que había consentido en vender su hermosa herencia por un plato de lentejas. Santa

Cruz pisaba el territorio peruano, no como auxiliar del gobierno legítimo, sino como *protector* de un nuevo pueblo que salía al mundo bajo la púrpura fermentada de la confederación. El conquistador marchaba impertérrito hacia la coronación de sus antiguos proyectos, hacia la resurrección del suspirado trono de los Incas, sin respetar los votos de su patria ni los votos respetables de la América, que había castigado en Iturbide y en Bolívar el atrevido crimen de *la monarquía*. El Perú indignado se armó para rechazarlo. Rodea á Salaberry y le absuelve generoso *del peculado y de la traición* para enviarlo fuerte y regenerado á los campos de batalla. Salaberry, el rayo de la guerra, se levanta cruel é implacable como el destino, pisando, destruyendo todos los obstáculos que se oponen á su triunfo. Inspirado y poseído de ese heroico y sublime sentimiento de amor á la patria y á la independencia nacional, llama á la juventud, la arma, la disciplina y la comunica su pasión, su odio y su venganza. El ejército se impregna de un nuevo espíritu, se amolda al genio de su jefe, y marcha alegre y presuroso en busca del enemigo: el pueblo mismo se contagia y penetra de ese entusiasmo marcial y hace votos por el triunfo de la causa pública. El Perú se regenera al contacto de la fiebre guerrera de Salaberry, se vuelve joven como él, y suspira por el amor y la gloria de los combates. ¡Los combates! no favorecen siempre la causa del derecho y de la justicia. Testigo ese malhadado campo de Socabaya, ese triste y hondo sepulcro, donde reposan los venerandos restos de esa juventud heroica que supo combatir y morir valientemente por la libertad é independencia nacional. El paso de Salaberry, desde el día en que asaltó el poder hasta el triste momento en que tomó asiento en el banco del suplicio, fue una verdadera epopeya. Su juventud, su valor, sus talentos militares, sus sacrificios, su expiación y su martirio, han hecho de él el genio familiar de los combates, el héroe de las leyendas, *un similis* de Carlos el Temerario, que pereció lleno de juventud y de esperan-

zas, sin dejar más señales de su tránsito en el mundo que *el espectro de la fama*.

El invasor manchó la victoria y la tiñó en sangre. Violador del derecho y de la justicia se concitó el odio del pueblo oprimido y el desprecio de toda la América. Dividió el Perú para subyugarlo más fácilmente, y comenzó á sentar poco á poco las bases de su omnipotente poder; cambió el nombre de las asambleas en dietas parlamentarias y las compuso de *los altos dignatarios*, creados por él, para asimilar más su autoridad al gobierno de los autócratas coronados; estableció *la legión de honor*, triste parodia de la de Napoleón I, y repartió títulos y medallas entre sus nuevos vasallos: nombró sus lugar-tenientes para el gobierno de los estados, y les invistió de facultades omnímodas; en fin, preparó todas las escalas para organizar la grandeza, con pompa y magestad soberanas. Sólo faltaba el genio que dá el poder y la gloria que lo consagra. La confederación cayó con una sola derrota, y el orgulloso protector llevó él primero á Lima la noticia de sus desastres. La traición acabó de desplomar ese edificio batido ya por las armas del ridículo; y Gamarra, el mal genio del Perú, salió de entre los escombros para volver á sentarse en el caduco palacio de los antiguos virreyes. Allí le esperaba la sombra de Pizarro para volver á entregarle la siniestra tea de la guerra civil y de la guerra extranjera.

El prestigio de Gamarra estaba gastado. El pueblo peruano, que jamás tuvo fe, ni en sus progresos, ni en sus doctrinas políticas, se resignó á recibirlo como una calamidad, esperando el momento favorable de destruir su odioso poder. El ejército, que tuvo algún día confianza en su capacidad militar, se hallaba trabajado por la ambición prematura de jóvenes oficiales que creían haber heredado el genio y valor de Salaverri. Este joven militar se había separado de la táctica antigua y dado un nuevo espíritu y una nueva forma al Ejército. Había sucumbido, pero había sucumbido con gloria y honor, combatiendo *solo* contra el ex-

tranjero y contra los traidores que le habían llamado. Gamarra se había envejecido sin aprender nada en la escuela de la adversidad y de la desgracia. Su segunda administración, más inconsecuente que la primera, no dejaba otra *alternativa* que la ciega sumisión á la insurrección armada. El ejército quería un hombre nuevo, un hombre capaz de acometer las reformas emprendidas por el genio audaz de Salaverri y lo buscaba entre los jefes que habían acompañado al glorioso mártir de Socabaya.

Desde algún tiempo el General Vivanco llamaba la atención de sus compañeros de armas y se hacía notar por una elocuencia fácil, abundante y verbosa; un carácter serio, leal y caballeroso y una probidad intachable, virtud bien rara en los difíciles tiempos que ha atravesado el Perú. Aclamado en Arequipa, cuna de su poder, y más tarde tumba de sus esperanzas, proclama la regeneración de la República y ofrece constituirla bajo bases sólidas é inalterables. Pero la regeneración estaba condenada á una vida penosa y de muy corta duración. Victoriosa en Cachamarca y vencida en Cuevillas, desapareció como un meteoro del horizonte político. El regenerador fue á refugiarse en Bolivia, camino trillado ya por sus predecesores en la carrera infortunada de las derrotas.

El iluso General Gamarra, libre de cuidados en el interior, se propuso entonces llevar la guerra á Bolivia con esos restos de un ejército desmoralizado y despedazado por la gangrena de la traición y de las revueltas. La división y la sedición se hicieron sentir en el mismo campo de batalla, y precisamente pocos momentos después que un enemigo débil y *dividido* había unido todos sus recursos para rechazar á un invasor fuerte y poderoso. El conquistador, violento y desesperado con la insubordinación de sus tenientes, no tuvo más arbitrio, para librarse de la ignominia, que arrojarle en medio del combate y buscar una muerte gloriosa, digna de mejor causa y de mejores principios. Gamarra, atravesado de dos balas, cayó en Ingavi de-

jando ese triste recuerdo á sus sucesores, que no deben olvidarlo.

Después de la muerte de Gamarra, el Perú cayó en un estado de confusión y de anarquía, comparable al que había reinado durante los primeros días de la revolución de la independencia. Se volvieron á representar las ridículas escenas de los Tagles y Rivagüeros, que hicieron medianamente su papel como marqueses revolucionarios en esas comedias de capa y espada. El señor Menéndez reclama el poder como Presidente del Consejo de Estado: el General Vidal lo toma como Vicepresidente y se disputan la banda hasta el momento en que el General Torrico dijo en su lenguaje franco y soldadesco: *Yo quiero ser y me hago Jefe Supremo*. El General Torrico, inaugurado de este modo, marcha contra el General Vidal y va á buscar la sanción de su poder en Aguasanta, donde quedó vencido, ó mejor dicho, donde se dio por vencido, porque Aguasanta es de esas raras batallas sin victoria y sin vencedor reconocido.

Vidal, victorioso por la gracia de Dios y la carrera estupenda de sus enemigos, entró en Lima y fue á sentarse *en el taburete* de Pizarro esperando el momento de su expulsión, que no tardó en llegar. El anciano General Vidal pertenecía á la escuela de Gamarra y participaba de las mismas tendencias y de las mismas doctrinas. Gastado como él, así en sus fuerzas físicas como en sus fuerzas morales, no podía durar mucho tiempo en un puesto codiciado por tantos jefes más ilustrados, más hábiles y más simpáticos que él al ejército, dispensador soberano del poder y de las riquezas. Se decía *que la regeneración había caído porque no había tenido tiempo de organizarse; que su joven jefe teniendo instrucción y talentos distinguidos, haría marchar al Perú por un nuevo sendero y lo sacaría de la humillante postración en que se encontraba*; y el General Vivanco fue aclamado por segunda vez unánimemente. El pueblo y el ejército le dieron la mano y lo exaltaron y constituyeron árbitro absoluto de los destinos del país; sólo una voz protestó contra

el *Directorio*: la sombra de Cuevillas, que salía arrogante y desdeñosa de los oscuros calabozos de Bolivia.

En efecto: Castilla, escapado recientemente de la amarga prisión en que lo había sumido el vencedor boliviano, se arma y protesta contra el *Directorio*, forma un gobierno trino, toma para sí la dirección de la guerra y vence á su enemigo en diferentes combates. El *Directorio* cayó por falta de base, por falta de cimientos en que apoyar su poder, si es lícito expresarse de este modo. Gobierno personal, en lucha abierta con las asambleas parlamentarias, con el sufragio popular y demás órganos de la opinión pública, debía desplomarse al menor sacudimiento que sufriera la débil fuerza que lo sostenía. Todos los gobiernos, por absolutos que sean, reconocen un principio: los unos, el derecho divino; los otros, la soberanía del pueblo; aquellos, la supremacía de la inteligencia; estos, la tradición, la costumbre y la prescripción; todos, en fin, algún fundamento semejante. Pero nadie había pretendido hasta entonces establecer un gobierno sobre el frágil y falible principio de la voluntad personal, sin apelar al derecho ni á la justicia, ni consultar los votos libres y espontáneos de la Nación, por cualquiera de los órganos que ha inventado la civilización, así en los tiempos antiguos como en los modernos. De este modo el pueblo que lo había aclamado, lo abandonó: el ejército que lo amaba con ceguedad y pasión, lo traicionó, y el Director quedó solo en medio de sus derrotas y de las agonías de su poder.

La caída del *Directorio* dio nacimiento á una multitud de doctrinas y de instituciones populares que han ido fructificando y extendiendo su influjo en toda la República. Por primera vez se oyó en la Capital un grito de indignación contra el *militarismo* que había abusado tanto de su poder, y causado infinitos males á la patria. *La semana magna*, esa procesión popular en que Lima ostentó toda la poesía de su liberalismo, fue una demostración provocadora y hostil contra esos militares,

opresores de las libertades públicas y violadores de las leyes sacrosantas del honor y decoro de la patria. Se fundó entonces la escuela de Guadalupe como un remedio salvador contra las perniciosas doctrinas de la escuela de San Carlos: se enseñó y propagó el principio de la soberanía del pueblo contra la aristocracia de la inteligencia y de la plata. Se pidió la instrucción popular, ese alimento indispensable en una sociedad republicana. Se exigió el establecimiento de la guardia nacional y la reforma y organización del ejército. Se quiso poner coto á los ascensos militares y demás abusos introducidos por la corrupción y el despotismo en la era desgraciada de las revueltas. Pero Castilla subía al poder y trataba de seguir las tradiciones de la escuela gamarrista. En un país militarizado, subyugado por las bayonetas, debían prevalecer y triunfar las costumbres perniciosas y los hábitos abusivos y despóticos de la turba soldadesca, y ese es el régimen que ha dominado y domina hasta ahora en la República peruana.

Pasemos adelante el período de 1845 á 1851: pasemos el gobierno *de la consolidación*, creado, educado por el General Castilla y después batido y destronado por él: pasemos el período de 1855 á 1860, porque de todo esto hemos hablado extensamente en nuestro juicio crítico sobre el General Castilla. El Gobierno del General Echenique fue un gobierno de corrupción que arrastró y prostituyó las mayorías. Ganaba por medio del cohecho los colegios electorales, los Congresos, el Consejo de Estado; en fin, todos los órganos de la administración pública. Fue un gobierno de fórmulas y de astucia forenses que eludía la responsabilidad legal con la táctica abusiva de la corrupción y del engaño. La prensa estaba subyugada por el jurado, la tribuna vendida y prostituída y la opinión pública burlada en todas sus quejas y reclamaciones por el juego aparente de las mayorías. El gobierno del General Castilla es de corrupción y de violencia al mismo tiempo. Es el despotismo llevado al más alto grado de cínica insolencia. Un des-

potismo sin contrapeso y sin responsabilidad de ningún género. El despotismo de la Europa está contrapesado por los progresos de la civilización y el reconocimiento unánime de ciertos principios de justicia universal; está contrapesado por la mediación humanitaria de gobiernos amigos ó enemigos, émulos ó rivales; por la acción oficiosa y benévola de la diplomacia; por la prensa libre y enérgica de las naciones vecinas; por el vapor, el ferrocarril y el telégrafo, que llevan á todas partes el anuncio de un atentado, la violación de un derecho; en fin, por la misma ilustración de los déspotas, su amor á la gloria y apego á su dinastía. Pero ¿cuál de estos contrapesos pueden oponerse al General Castilla? ¿Respetar la opinión americana, la prensa del continente y la prensa europea pronunciadas enérgicamente contra él? ¿Respetar la opinión pública de su patria, tiene nombre, ilustración, fama; en fin, alguno de esos estímulos que detienen al gobernante en la pendiente rápida del despotismo? Ninguno, absolutamente ninguno.

De ahí nace el estado de violencia y desesperación en que se encuentra el Perú. Ya no es la guerra civil, la anaquía, que aniquilan y devastan la hermosa tierra de los incas; es la rabia, la venganza, el asesinato; es la sangre de Pizarro, la furia de Almagro, que inflaman la atmósfera y destilan fuego sobre el carcomido palacio de los virreyes. El déspota vive rodeado de sombríos y vaporosos fantasmas. Las sombras de Monteagudo, de Salaverri, de Iguaín y de Morán, le siguen por todas partes. Es la revolución traducida *en hechos atroces y desesperados*: el 15 de agosto convertido en 25 de julio, y éste último transformado en un 23 de noviembre. Ese es el extremo á donde conducen á sus enemigos los gobiernos personales, esos gobiernos sin sistema, sin responsabilidad y sin contrapeso. Contra el despotismo personal se arma siempre el odio y la indignación personal; salta la venganza que profana el altar, la traición que viola el hogar doméstico, el asesinato que invade la plaza pública; medios todos criminales y reprobados, tan

---

criminales y tan siniestros como el despotismo. El instinto de la cólera, el furor sin freno, la guerra sin tregua: *muerte ó libertad*, tal es la palabra de orden que viene desde Bruto hasta Milano, desde Milano hasta el incógnito que asaltó á Castilla en la plaza pública.

Y ese es por ahora el estado del Perú: los odios crecen, las pasiones políticas se inflaman más cada día, y sólo Dios sabe el término que tendrán! Hacemos votos porque este término sea pacífico, justo y conveniente á la prosperidad del Perú, y á la tranquilidad de los Estados vecinos.

## ARTICULO VI

# Bolivia

---

Aclamación de su independencia. — Esfuerzos del Libertador para darle sus límites naturales. — Su Constitución. — Administración del General Sucre. — Intervención del Perú. — Guerra civil: militarismo y liberalismo. — Que esta cuestión no está resuelta todavía.

Esta República se levantó en medio del entusiasmo y de las aclamaciones generales de la América, como una nueva estrella destinada á reproducir eternamente los espléndidos rayos del sol de Ayacucho. Nació bajo el último fulgor de la victoria que debía completar los fastos de la independencia; y se bautizó con el nombre de Bolívar como un trofeo de sus glorias inmortales. El General Sucre la presentó, lozana y fuerte, ante las nuevas naciones de este vasto Continente, y la encaminó por las sendas de la civilización. Así el genio y el heroísmo alumbraron los primeros días de su existencia política y la prepararon á los duros y recios combates que debía sostener en su penosa carrera.

Bolivia ha despertado siempre las simpatías de toda la América, porque hay algo en su nombre y en sus nobles destinos que la liga á la existencia de los demás pueblos. La hija de Bolívar debía naturalmente inspirar esos gratos recuerdos que están unidos á la memoria inmortal del héroe de la inde-

pendencia. Pero algo más que eso: Bolivia por sí misma, por su valor, sus heroicos sacrificios y sus peligros frecuentes y constantes, ha excitado en su favor un ardiente y universal interés. Encerrada en el Continente, sin fronteras naturales, y rodeada de vecinos poderosos que le niegan ó le disputan el terreno que necesita para su comercio; combatida desde su origen por los implacables enemigos de su independencia, ha tenido que atravesar días amargos y dolorosos que no pueden compararse con los triunfos y las glorias adquiridas en el campo de batalla. Ha salido, es verdad, lucida y vencedora de las duras y repetidas calamidades que han puesto á prueba su heroísmo, para caer á la mañana siguiente en los mismos peligros y en las mismas dificultades que acabada de vencer.

El señor Barón de Humboldt había previsto los tristes destinos de esta República. Hablando de la Audiencia Real de Charcas, dice: "que el Gobierno español cometió una grande imprudencia en desmembrar los dos Virreynatos de Lima y Buenos Aires para formar un tercer gobierno que no podía subsistir sin el auxilio de los otros dos". En nuestro concepto la falta del gobierno español no consiste en la creación del nuevo gobierno, sino en haberle privado de sus límites naturales violando así los lazos que ha establecido la misma naturaleza para satisfacer las necesidades del comercio y de la civilización.

Este territorio de la antigua Audiencia de Charcas fue el último nido de los españoles. Después de la victoria de Ayacucho aún quisieron oponer resistencia á nuestras armas los defensores del *realismo puro* de Fernando VII. El General Olañeta pagó con su vida su temeridad, y los pueblos del Alto Perú aclamaron inmediatamente su independencia política. Otro Olañeta (don Casimiro), llevaba esta importante noticia al General Sucre y le pedía el apoyo de las fuerzas colombianas para sostener los derechos de la nueva República. El héroe de Ayacucho, siempre escrupuloso en materia de gobierno, opuso algunas dificultades creyendo

que esa aclamación universal era efecto de la fuerza y no de la libre y espontánea voluntad de los pueblos. Para conocer y descubrir los verdaderos sentimientos de la nueva República, se mandó elegir una asamblea de diputados que debía reunirse en Oruro el 19 de abril de 1825, ofreciendo por su parte el General Sucre repasar el Desaguadero con las tropas de su mando á fin de evitar todo pretexto de intervención en el grande y solemne acto de la elección de los diputados. Y así lo habría cumplido, si las manifestaciones del pueblo y las órdenes terminantes del Libertador no le hubiesen obligado á dejar su regreso para más tarde.

El Congreso constituyente del Perú disponía por su parte: "que las provincias del Alto Perú quedasen sujetas á la autoridad del General en Jefe del ejército libertador, hasta tanto que ellas mismas dispusieran de su suerte". A esta resolución agregaba el Libertador desde Arequipa: "que la determinación de la asamblea de Oruro, cualquiera que fuese, no debía llevarse á efecto sin acuerdo y consentimiento del Congreso del Perú, dejando entre tanto el gobierno de las provincias á cargo del General Sucre".

La asamblea no se desalentó con estas resoluciones que tendían á entrabar los votos de un pueblo libre y soberano; y animada de un patriotismo ardiente y de una plena confianza en el valor y entusiasmo de las provincias que la habían nombrado, proclamó la independencia de la nueva República, dándole el nombre del Libertador y colocándola bajo el apoyo y la protección de su genio. Allí tenemos á Bolivia constituida en medio de dos pueblos que querían anular el testamento de la España y repartirse sus despojos como herederos de los títulos que habían sido rotos y despedazados en los campos de Ayacucho. Los nuevos principios y los nuevos derechos creados por la independencia, eran títulos *nugatorios* á los ojos del gobierno de las provincias unidas del Plata y á los del gobierno del Perú que querían sustituir su poder á la dominación peninsular empleando la fuerza y el dere-

cho de conquista. La vida de Bolivia será un largo martirio, pero vivirá, porque sus derechos están escritos en la misma tabla en que fueron grabados los derechos de los demás Estados sud-americanos.

Este primer paso manifiesta ya el carácter decidido del pueblo boliviano, su intenso amor á la independencia y los sacrificios que haría más tarde para sostenerla. Pero le faltaba aún lo más importante para coronar la obra de su nacionalidad: *constituir y organizar la República*: y la asamblea nacional, separándose de la práctica seguida por los demás Estados, confió tan árdua misión *al genio delirante* del Libertador. Esta fue una gran falta y una grande imprudencia: 1º porque se desnudaba de un derecho que le pertenecía y que no podía transferirlo á un extraño sin permiso de sus comitentes; y 2º porque se entregaba ciegamente á los delirios de un extranjero que sin conocer y estudiar las necesidades del Estado iba á consignar en el Código fundamental de Bolivia *los ensueños políticos* de toda su vida. Esa mezcla de aristocracia y democracia, esa combinación extravagante de fanatismo y de militarismo, esa amalgama forzada de elementos contrarios y repulsivos que había sido desechada unánimemente por los congresos de Angostura y de Cúcuta, iba á causar un desorden general en todos los pueblos que estaban sujetos á las armas colombianas. El Perú se alarmó y comenzó á minar el crédito del Libertador y su odiosa omnipotencia. Las primeras chispas de guerra civil en Colombia estallaron á la aparición del Código boliviano; y han seguido ardiendo aun después de la muerte del Libertador, como si la Providencia se complaciese en iluminar la tumba de los ambiciosos con las llamas de una guerra fratricida.

El General Sucre, espíritu serio y reflexivo, conocía muy bien los inconvenientes de semejante Constitución. Su vasta y penetrante inteligencia y su noble y leal desprendimiento, le hacían comprender *que los Estados americanos no poseían los elementos necesarios para la formación de un gobierno aristocrático*; pero no siendo llamado á discutir

las bases fundamentales del *código boliviano* ni á expresar sus opiniones sobre la *Constitución* del nuevo gobierno, aceptó, con tímido y escrupuloso respeto, el mando de la República que los pueblos le confiaron: pero aceptó para dejarlo en el término de dos años, porque no quería ser ni testigo ni responsable de los males y trastornos que debía producir la nueva Constitución.

Tenía confianza en la rectitud de sus principios, en su amor al bien, en su respeto á la opinión pública, y en su noble y magnánimo patriotismo, y se entregó con tesón á la difícil tarea de organizar un pueblo nuevo que acababa de romper el oprobioso yugo de una larga servidumbre. Se debía esperar que todas las pasiones políticas cayesen desarmadas ante un gran nombre y un gran prestigio sostenido por el esplendor de la victoria y el brillo incontestable de tantas virtudes; pero era *extranjero*, y la suma de bienes que prodigaba á los pueblos de Bolivia, no hacía más que inflamar la envidia y los celos de las almas vulgares, que no se atrevían ni á imitarlo ni á seguirlo en el camino del honor, de la lealtad y de la justicia. Pero antes de verle descender de un puesto que no había solicitado, y que por el contrario había honrado por su probidad y por sus luces, veamos los servicios que prestó á Bolivia, y la manera abierta, liberal y progresista con que gobernó y dirigió aquel Estado.

El General Sucre, se había educado en la escuela de la revolución francesa; había contemplado y estudiado con pasión los principios proclamados por la *asamblea constituyente* de 1789: había aplaudido sinceramente la destrucción de los títulos y privilegios nobiliarios, el abatimiento y humillación del poder del clero, y de sus pretensiones arrogantes y vulgares; la caída, en fin, de todo ese tren de abusos y de iniquidades que venía oprimiendo al mundo y trasmitiéndose de generación en generación como la funesta herencia de las flaquezas é ignorancia de los pueblos, y creía que no podía establecerse el régimen republicano sin arrancar de raíz todos los establecimientos que estaban liga-

dos al orden antiguo y que eran un obstáculo para la consolidación del orden nuevo. De aquí esa guerra natural y constante á todo lo que estaba en contradicción con los principios de igualdad y libertad, y sobre todo con los derechos y naturaleza del hombre y de la sociedad. Guiado por estas doctrinas trató de convertir inmediatamente los establecimientos parasitos de regulares de ambos sexos en otros tantos focos de enseñanza popular y de beneficencia pública, y lo llevó á efecto con la habilidad y perseverancia que le eran características.

Su corazón sensible y generoso se lastimaba á la vista del pueblo inculto y desheredado, despojado por tantos siglos de sus derechos á la educación, y á la posesión de todos los bienes sociales que se habían acumulado en tan pocas manos, al paso que miraba con dolor las inmensas riquezas *de manos muertas*, adquiridas sin trabajo, por medio de la educación y del engaño en esos tiempos de obscuridad y de tinieblas en que reinaba sin obstáculo una ciega y lamentable superstición. Los conventos y monasterios fueron suprimidos y sus rentas aplicadas á objetos de utilidad común y general. Así el héroe colombiano, que había abatido con su espada la dominación peninsular, domieñó con su política los elementos del orden antiguo para abrir y preparar los progresos del orden nuevo.

Un genio emprendedor, laborioso y desinteresado, no teme los obstáculos ni las resistencias de la oposición. La prensa puede falsear de cuando en cuando la opinión pública; pero la prensa misma se encarga de corregirla y de rectificarla. Los clubs pueden predicar doctrinas subversivas y perniciosas, que el espíritu de asociación combate á su turno con doctrinas liberales y pacíficas. La discusión es á la verdad, lo que la luz á los ojos del hombre. Sin luz el hombre se extravía en el espacio; sin discusión la sociedad se pierde en el abismo de la obscuridad. He ahí por qué el General Sucre, magistrado justo, íntegro é inmaculado, no se inquietó ni amedrentó jamás con el grito de las pasio-

nes y el clamor de la demagogia. Todas las opiniones, todos los partidos fueron respetados bajo su administración honrada y liberal. *Los godos* habían vuelto á sus hogares y veían en el guerrero de la independencia el protector natural de su industria y de sus riquezas: las facciones que empezaban á crearse estaban desarmadas ante la marcha próspera de la República. El fanatismo vencido se había resignado y el pueblo contento y feliz bendecía el nombre de su bienhechor. En una palabra, el General Sucre dejó *crugir* la imprenta, agitarse los partidos y cuando *la conspiración armada* enseñó su frente impía sobre la plaza pública, confiado y sereno voló á sofocarla con el mismo ardor y la misma valentía con que cuatro años antes había abatido el estandarte español en los campos de Ayacucho.

El 18 de abril de 1828 fue un día de dolor y de luto para Bolivia, porque en ese día infausto se cometió el crimen de traición y de alevosía que había de servir de ejemplo á los crímenes y atentados que se han cometido en la extensa superficie de la América del Sur. El distinguido guerrero que había *simbolizado* su nombre con la victoria, el político sagaz é ilustrado que había consagrado todos sus desvelos á la prosperidad y ventura de los pueblos, el hábil y valeroso estadista que había salido audazmente de la rutina trillada por la ambición y el espíritu de secta, cayó gravemente herido por los mismos soldados que había conducido tantas veces á la victoria, y á quienes había enseñado el camino *del honor y lealtad militar*. Sepamos entre tanto las causas que habían producido tan grande trastorno en el espíritu de las tropas colombianas que guarnecían á Bolivia, á solicitud de los representantes del pueblo.

El Libertador había vuelto á Colombia acosado por los frecuentes disturbios que empezaba á ocasionar el espíritu inquieto y turbulento de sus conmitones, dejando el gobierno del Perú á cargo de una *Junta* que correspondió á su confianza de una manera pérfida y desleal. El Libertador ha

bía recomendado al Congreso del Perú un proyecto de ley que tenía por objeto arreglar de un modo conveniente y duradero los límites de Bolivia, y el primer uso que hizo de su poder la junta gubernativa fue rechazar el proyecto y dejar un germen permanente de guerra entre los dos pueblos.

Se ha dicho que el Libertador había constituido á Bolivia de una manera imperfecta, y se le ha hecho responsable de las funestas consecuencias de esa imperfección. Es un deber nuestro defender en esta parte la memoria del Libertador. En primer lugar, ya hemos visto que el Libertador no constituyó á Bolivia, y que al darle su nombre y sus instituciones, no hizo más que respetar y cumplir los votos de los pueblos del Alto Perú. En segundo lugar, el Libertador hizo cuanto pudo en las vías del honor y de la política para darle sus límites naturales, apelando á la magnanimidad del pueblo peruano y á la ilustración y prudencia de sus dignos representantes. La voz del Libertador encontró un eco de simpatía y fraternidad en el seno del Congreso, que desgraciadamente no fue escuchado por los miembros ambiciosos y egoístas de la Junta de Gobierno. Así cayó un proyecto concebido en el interés de la paz y del futuro engrandecimiento de ambos pueblos. Pesa sobre el General Santa Cruz la inmensa responsabilidad de esta conducta insensata é inexplicable. Boliviano, no supo sostener los intereses de su patria nativa: miembro de la Junta de Gobierno del Perú no alcanzó á comprender y prevenir los inmensos males que su funesto desacuerdo causaría á las dos Repúblicas. No sabemos si valga más á los ojos del Perú la posesión de un territorio más ó menos poblado, que la paz, la fraternidad y la unión con sus vecinos; pero sí creemos que á los ojos de la humanidad y de la filosofía vale más una sola gota de sangre humana que todos los tesoros de la tierra.

El segundo acto de felonía con que se manchó la junta gubernativa, fue corromper y rebajar la moral y disciplina del ejército colombiano que había quedado estacionado en el Perú. La tercera

división dio el primer ejemplo de rebelión contra sus jefes y marchó bayoneta en mano á tomar parte en las discordias civiles que atormentaban ya á la ilustre y gloriosa República de Colombia. El mismo sistema de corrupción se aplicaba á las tropas colombianas que guarnecían á Bolivia, y el General Sucre caía víctima de esa trama infernal que se había formado para derrocar su paternal y benéfico gobierno. Su genio liberal y magnánimo habría bastado para preservarlo de las furias populares y de las conspiraciones de la plaza pública; pero de nada sirvieron ni su mérito resplandeciente, ni su nombre inmaculado, ni el prestigio de sus glorias militares y de sus virtudes cívicas contra la corrupción de la disciplina militar. Empezaba á levantar su odiosa cabeza el *pretorianismo*: la América se plegaba ya bajo *la masa acerada* de los veteranos de la independencia, y el sufragio popular cedía tristemente su lugar al sufragio de los cuarteles.

El General Sucre no necesitaba de esta sangrienta lección y de ese funesto desengaño para abandonar un poder que no había ambicionado, y que no quería ni debía conservar sino por un tiempo limitado. Así, consultando más bien sus sentimientos magnánimos y humanitarios, se determinó á dimitir el poder á despecho de los pueblos que le habían nombrado Presidente de la República; salió de Bolivia con la satisfacción de una conciencia noble y tranquila que tiene la convicción de haber llenado dignamente sus deberes. En Colombia le esperaban nueva fama y nuevos destinos. Estaba escrito, que en su carrera asombrosa y extraordinaria recibiría como una recompensa digna de sus altos merecimientos, la gloria y el martirio, la ovación y el sacrificio, el triunfo y la muerte del *justo*. Tarqui debía glorificarlo con el resplandor de una nueva victoria, y la oscura y solitaria montaña de Berruecos, recibir el último aliento de su vida para preservarlo del horroroso contagio de crímenes é iniquidades que han manchado el glorioso nombre de Colombia.

Sucre abandona apenas el mando de la República, cuando Gamarra penetra á la cabeza del ejército peruano y dicta como vencedor la ley á Bolivia. El General Urdininea acepta servilmente todas las condiciones que quiso imponerle el conquistador peruano: no se quemó un solo cartucho en honor de la independencia boliviana para excusar de algún modo la humillación de la patria. Los tratados de Piquisa son un monumento de oprobio para los autores del atentado del 18 de abril que no supieron defender la independencia nacional ni en el gabinete ni en los campos de batalla. Este es el primer acto de intervención armada en los negocios internos de una República americana: el nombramiento del Jefe del Estado se hizo bajo la presión del ejército interventor, y el Presidente nombrado cayó del solio presidencial poco tiempo después que las tropas invasoras abandonaron el suelo boliviano.

Después de la administración del General Sucre no vemos más que algunos relámpagos de luz en el cuadro sombrío de la historia de Bolivia. El General Blanco aparece y desaparece como una nube preñada de tempestades. Su revolución fue un crimen, su muerte un misterio, su caída un decreto del destino, una lección más para el porvenir. Podemos decir que esta vez, como otras tantas, quedaba comprobado por las lecciones invariables de la historia, *que la obra del extranjero es tan frágil, tan fugitiva como la aparición del relámpago ó el estallido del trueno.*

La desaparición del General Blanco abrió las puertas al General Santa Cruz. Su ambición estaba satisfecha, iba á ser Presidente de Bolivia, como una base para conquistar más tarde el poder supremo del Perú y restaurar el trono de los incas. Entre tanto se consagró con entera lealtad á desempeñar la ardua y difícil tarea de gobernante: dio orden y paz á la República y un cierto brillo exterior que le hizo ganar las simpatías y las consideraciones de los gobiernos vecinos. Halagó la opinión pública honrando con repetidos testimonios de respeto los nombres populares de Bolívar y de Su-

cre: mantuvo y conservó todas las reformas que había planteado el estadista colombiano, organizó la hacienda pública, fomentó la industria y el comercio, crió y disciplinó un ejército brillante por su instrucción, valor y moralidad, cimentó el espíritu nacional y le dió esa intensidad y esa fuerza que ha salvado tantas veces á Bolivia de las asechanzas de sus enemigos. Simplificó la legislación dándole nuevos códigos, y arreglando de una manera precisa los juzgados y tribunales. ¡Feliz Bolivia, si el esplendor de la administración pública no hubiese estado eclipsado por el despotismo político! El General Santa Cruz, á pesar de su experiencia y de su tacto administrativo, era de aquellos soldados que no pueden avenirse con el régimen parlamentario. La imprenta, la tribuna, la discusión, la asociación, todos esos vehículos de la libertad le causaban tedio y repugnancia; las despreciaba y las perseguía; las befaba, las injuriaba y las pisoteaba, sin advertir que *la libertad* nace y florece en medio de las persecuciones y de los ultrajes.

Pero además del despotismo político, el General Santa Cruz había cometido una grave falta económica que ha producido funestas consecuencias á Bolivia y á las naciones que comercian con esa República. Alteró la ley de la moneda é introdujo una espantosa confusión en el mercado; desvirtuó las fuentes naturales del comercio extranjero y rompió el equilibrio establecido por el interés inteligente de los negociantes; sembró la inquietud y la desconfianza en los ánimos y provocó odios imperecederos entre sus vecinos; odios que no han podido apagarse con sangre hermana ni extinguirse con los desastres de una larga guerra. Bolivia está purgando todavía las faltas del gobierno del General Santa Cruz y las de sus sucesores que no han tenido bastante valor para remediar el mal, y que fascinados por un falso cálculo de ganancia momentánea ó acosados por urgentes necesidades han seguido falsificando la moneda nacional á costa de la paz y de los verdaderos intereses de los pueblos bolivianos.

El General Santa Cruz gobernó diez años la República y es probable que hubiese regido directa ó indirectamente durante su vida los destinos de ese bello país, si arrastrado por su loca y desmesurada ambición no se hubiera lanzado á la conquista y dominación del Perú. Hemos examinado ya en otro lugar el sangriento régimen establecido por él, su insidiosa política y las desastrosas batallas que lo expulsaron de esa República. Toda esa pompa regia, todo ese régimen aristocrático, todas esas fórmulas inventadas para fascinar espíritus ligeros y vulgares, fueron sepultados en los memorables campos de Yungay con el prestigio militar y político del arlequín de la monarquía, el último payaso de las testas coronadas.

La caída del General Santa Cruz abrió el campo á nuevas aspiraciones y nuevas ideas. Del seno mismo del despotismo surgieron otros hombres y otras doctrinas: reaparecieron los tribunos y los apóstoles de la democracia, los unos para maldecir el régimen pasado, los otros para recomendar y fundar el nuevo. Los partidos dejaron ver sus tendencias y sus principios, y, por desgracia, la división y la discordia se hicieron sentir aun antes de haber constituido y organizado un nuevo gobierno. Raras veces los sistemas vencidos pierden toda su fuerza y todo su brío en el campo de batalla. Sus elementos germinan en el seno de la sociedad, y reaparecen tarde ó temprano para reclamar su antigua dominación. Así reapareció el partido militar de Bolivia bajo los auspicios del General Ballivián, joven emprendedor y audaz que se había amaestrado en la escuela del General Santa Cruz. El partido republicano, predominante entonces, dió una Constitución democrática y encargó su ejecución al modesto y desinteresado General Velasco.

No era eso bastante para afianzar la paz. El ejército conspirador quedaba armado y en tren de repetir los motines que habían destruído los gobiernos anteriores. Algunos de esos tumultos abortaron y el General Ballivián tuvo que abandonar la República para conspirar más á sus anchas en el

extranjero. Su primer paso fue buscar el apoyo del General Gamarra que tenía la manía de la intervención. Este astuto militar se propuso entretener á su huésped con mentidas esperanzas mientras él preparaba su segunda invasión contra Bolivia. Fiado en estas promesas el General Ballivián trató de acercarse á las fronteras de su patria y allí descubrió los hilos de la red en que quería envolverlo el General Gamarra, y se introdujo clandestinamente en el territorio boliviano. Una parte del ejército lo aclamó y se pronunció por él como el vengador de la patria y el defensor de la independencia nacional; la otra, fiel á las instituciones y á la disciplina militar, se mantenía bajo las órdenes del Presidente de la República. Entre tanto el General Gamarra atravesaba el Desaguadero y amenazaba talar y *desmembrar* á Bolivia. Felizmente, en tan críticos momentos, se operaba una fusión milagrosa entre los partidos disidentes, y el invasor desleal, en lugar de encontrar los ejércitos divididos como en otro tiempo, iba á estrellarse contra una masa invencible, pronta á vengar y castigar los ultrajes de la patria. El General Velasco, con un patriotismo digno de los tiempos heroicos de la independencia, entregó su ejército al General Ballivián y éste correspondió á tan alta y noble confianza abatiendo al enemigo que había osado insultar por segunda vez el territorio nacional.

Ballivián tomó el mando de la República después de la victoria de Ingaví, y como Santa Cruz, se hallaba violento en el estrecho recinto del territorio boliviano. Quería dar á su patria fronteras naturales y ponerla en posesión de aquellos vehículos necesarios para la civilización y la prosperidad comercial de los pueblos. El Oriente se hallaba inhabitado y el Beni no ofrecía un canal pronto y seguro para la navegación y el comercio exterior de la República. Su espíritu impaciente quería vías más rápidas y en contacto con la parte civilizada del continente americano. El tiempo había hecho ver la inutilidad y la ineficacia de Cobija, triste desierto sin recursos y sin atractivos para la vida: no

quedaba pues otro arbitrio que la posesión de Arica; y la conquista del territorio adyacente á aquel puerto fue el sueño dorado de toda su vida. Sus compatriotas tenían sus ímpetus conquistadores como peligrosos á la nacionalidad é independencia de la República; y en la impotencia de ayudarlo ó de sostenerlo tomaron el peor de los partidos: el de conspirar contra el hombre de estado que ardía en deseos de mejorar la situación social de su patria y de fomentar su engrandecimiento. El partido militar cayó esta segunda vez por su espíritu de conquista y subió al poder nuevamente el partido republicano bajo la sombra débil y pasajera del General Velasco.

Aconsejado por la experiencia quería este partido desarmar á los conspiradores consuetudinarios, reduciéndolos al mismo pie de igualdad que los demás ciudadanos, porque la igualdad es el único medio de mantener la paz y el orden en el seno de la sociedad. Los soldados que se habían alzado antes para conquistar el poder, se alzaron esta vez para defender sus fueros y privilegios, y el General Belzu salió de las olas tumultuosas para representar y sostener tan indigno como oprobioso partido. El Ministro de la Guerra, honrado con la confianza del Gobierno y del Congreso, voló á ponerse á la cabeza de los pretorianos y dispersó á balazos á los representantes del pueblo. Así empezó Belzu su digna carrera, marcando con sangre todos los pasos de su vida pública.

En el largo período de su mando no vemos más que dos hechos importantes que la historia debe señalar sin detenerse en esos tristes episodios de sangre y opresión que son el fruto natural de los gobiernos militares. Los hechos de que queremos hablar son la dignidad con que el Gobierno del General Belzu dirigió y sostuvo el ramo de relaciones exteriores, y el desprendimiento con que dejó el mando político el día señalado por la Constitución: estos dos actos hacen alto honor á su gobierno y resplandecen como dos rayos de luz en el triste y sombrío cuadro de su rudo y salvaje despotismo.

El General Belzu se ausentó de Bolivia dejando el poder á su hijo político elegido por los pueblos. Cualesquiera que sean los defectos de esta elección, el General Córdova era el mandatario de la República cuando los conspiradores de setiembre asaltaron el poder político. La Constitución cayó; y en medio de la inquietud interior y de los peligros exteriores, nada hicieron los revolucionarios para compensar al pueblo de la pérdida de sus instituciones. El señor Linares gastó su prestigio mostrándose impotente, inactivo para la organización del país y la conservación de su independencia. En lugar de buscar su fuerza en la opinión pública, creyó encontrarla en la odiosa y terrible dictadura, y armado de esta coraza de hierro, esperaba . . . no sabemos si la bendición del cielo ó el estallido de las furias populares. Sus desleales ministros lo salvaron de tan crítica y espantosa situación aliviándolo del poder supremo y llamando al pueblo á deliberar de su propia suerte. Para confusión de todos los tiranos, Bolivia renace al soplo de la insurrección y la prensa cruje en todas direcciones, el espíritu público se agita y el movimiento convulsivo de la libertad da un nuevo ser á esa República. Dejémosla allí con su santo amor de la independencia, su orgullo nacional, su dignidad de pueblo libre y republicano y ese espíritu de unión que la ha salvado en los momentos más azarosos para su existencia política.

## CONCLUSION

---

En el breve y rápido bosquejo que hemos trazado del estado político de algunas Repúblicas sud-americanas hemos señalado invariablemente el mismo fenómeno: *el elemento militar en lucha perpetua con la libertad del pueblo*. Que sea directa ó indirectamente, *la fuerza militar* obra, subyuga y sofoca el grito de la opinión pública, y manda é impone las instituciones y señala los hombres que deben violarlas y quebrantarlas. Así el carácter dominante de todas esas Repúblicas es la fuerza; lo que llamamos con tanta propiedad *militarismo*, porque todo cede ante esa potencia directriz de todos los negocios públicos. Se hace la guerra ó la paz según conviene mejor á los intereses ó á las pasiones del soldado aventurero que personifica en su degradado sér todos los privilegios del militarismo. Si no domina, conspira: si reina, se mantiene por medio del saqueo, del degüello y de las confiscaciones. Si cae, se replega sobre sí mismo, se unifica, se consolida, se rejuvenece en la desgracia para levantarse altivo y osado á disputar el precio de la victoria. Sirve y traiciona á todas las causas para convertirlas en provecho suyo: invoca todos los principios para prostituirlos y pisotearlos: se apodera de todas las banderas para estampar en ellas el título de su dominación. El uniforme es como la túnica de *Dejanira* que ciega y enfurece á todos los que la visten: es el símbolo de su religión y de su fe, el título de su fuerza, de su poder

y de su impunidad. Vedle hoy con el gorro de la libertad y mañana será un verdugo: oídle proclamar los principios de justicia y de derecho para asegurar el triunfo de sus pasiones. El *militarismo* es el sufragio popular, el voto por comicios, la elección directa ó indirecta, en fin, todas las fórmulas sociales que la ciencia ha inventado para resguardar los derechos de los pueblos, porque la fuerza todo lo vicia, lo descarrila y lo prostituye.

Sin embargo, *el militarismo* no tiene la misma fuerza ni el mismo espfritu en todas las Repúblicas que hemos designado. En unas ha perdido su vigor hasta el punto de creerlo aniquilado, pero ha reaparecido con más fuerza y energía: en otras se ha mantenido y conservado luchando y venciendo constantemente: en otras, en fin, ha aumentado de tal modo su poder, que han desaparecido delante de él todos los demás poderes sociales. En Nueva Granada *el militarismo* ha sido vencido y pisoteado, pero se ha rehecho y hoy mismo levanta su tremenda cabeza bajo el estandarte sombrío de la revolución. De Bolívar á Urdaneta, de Urdaneta á Zardá, de Zardá á Melo, de Melo á Mosquera, Obando, López, Nieto, Mendoza, etc.; todo es puro caudillaje, el casco y la cimitarra, la representación del derecho turco. En ese derecho está comprendida *la demagogia, el elemento colonial, el fanatismo del clero*, todos los demás elementos que no obran ni pueden obrar sin el elemento militar, verdadero cáncer de las Repúblicas. En Venezuela el poder militar se ha mantenido firme y constante pasando en herencia de un partido á otro. El General Páez lo entregó á Monagas. Este lo extendió y lo convirtió en dinástico. Castro lo arrebató de manos de la dinastía para volver á venderlo á ella. Vencido en todas partes se ha refugiado en las selvas del Orinoco y allá hace flamear aún su bandera de exterminio.

En el Ecuador, en ese país desventurado, sin cohesión política ni nacionalidad determinada, (1),

(1) Se ha querido hacerla granadina, peruana y últimamente francesa.

el *militarismo* extranjero y el militarismo nacional han dominado imperturbablemente la República. Flores y sus genízaros, Urbina y sus mamelucos, tal es la lucha, tal es la doctrina, tal el campo estrecho donde se ha vertido tanta sangre y donde se han sacrificado millares de víctimas. Ambos marchan al mismo fin por diferentes caminos: ambos violan los mismos principios, olvidan los mismos juramentos é insultan la conciencia humana. En el Perú todo se confunde y simboliza en la espantosa figura del *General Castilla*. El es el Gobierno, el Congreso, la soberanía del pueblo, el derecho externo é interno, *la Iglesia y el Estado*: verdadero *Papa* del Perú con su legión de Cardenales de bota granadera y de casaca bordada. Inútil es decir que Bolivia está contagiada del mismo espíritu, porque acabamos de señalar el mismo fenómeno en el cuadro que hemos bosquejado. El poder ha pasado de Blanco á Santa Cruz, á Ballivián, á Belzu, y así sucesivamente hasta el momento en que el Congreso empieza á ocuparse de la reorganización y constitución de la República.

La investidura militar ha sido el talismán que ha abierto á todos nuestros aventurados y desventurados Generales las puertas de ese paraíso terrenal, llamado *el palacio*. Verdad es que algunos han tenido por pedestal la gloria y el martirio por corona, como Bolívar y Sucre. Otros se han distinguido por su civismo y capacidad administrativa como Santander, Soublette y Santa Cruz, pero casi todos han escalado el poder por medio de la traición y de las revueltas como Páez, Flores y Gamarra en 1830, como Castilla, Ballivián, Belzu, Urbina y hasta el idiota del General Franco. Quitemos la investidura militar al General Páez, y á pesar de su patriotismo y de sus hazañas no habría sido Presidente de la República. En la balanza del mérito, de la capacidad y de las virtudes cívicas lo habrían eclipsado centenares de ciudadanos. Quitemos á Flores esa misma investidura y á pesar de su petulancia, de su cinismo, no habría sido jamás de la esfera de un Gil Blas político: en lugar de eso ha

sido Presidente de una República con privilegio exclusivo de poner á contribución á todos los gobiernos y vivir sin trabajar en medio del fausto y de la opulencia. Quitemos á Obando su investidura militar y no será más que un delincuente vulgar, un malhechor adocenado que habría ido *mansamente* á poblar los presidios de la República. El uniforme ha hecho de él un *bandido ilustre, un asesino impune*. Si traemos á juicio al General Mosquera, con todo su talento, su instrucción y sus demás dotes, no sería más que el Quijote de la democracia, el caballero andante de la República, y así sucesivamente.

Y si nos fuese permitido resbalar nuestra pluma en la historia de Chile, que no conocemos bastante para hacer una apreciación justa y exacta, pudiéramos señalar el mismo fenómeno, es decir, la influencia militar en los preciosos destinos de esta República. Quitemos, por ejemplo, del sombrío cuadro de 1829 la triste figura del General Prieto y desaparecerá al instante la figura audaz é inteligente del Sr. Portales. La Constitución de 1828 cae rota y despedazada por la espada de un General que corrompe la disciplina militar y hace armas contra el Gobierno de la República. La parte del ejército que no se amotina, cae en la indecisión, el abandono é incertidumbre: si no se pasa, se bate con tibieza y desaliento. En el momento de la victoria extiende una mano de amigo al ejército contrario y se deja conducir prisionero al campo del vencido. Allí no hay misterio, no hay traición; pero hay espíritu de cuerpo que habla más alto que todos los intereses. Después de todo, *nosotros somos soldados y á un lado el gobierno de paisanos*. Palabras crudas que han tenido eco de un extremo al otro de la América del Sur.

Aquí concluimos nuestra difícil tarea, recomendando á los hombres de Estado de todas las escuelas de la América del Sur, el estudio de esta cuestión, y la investigación de los medios de resolverla.

